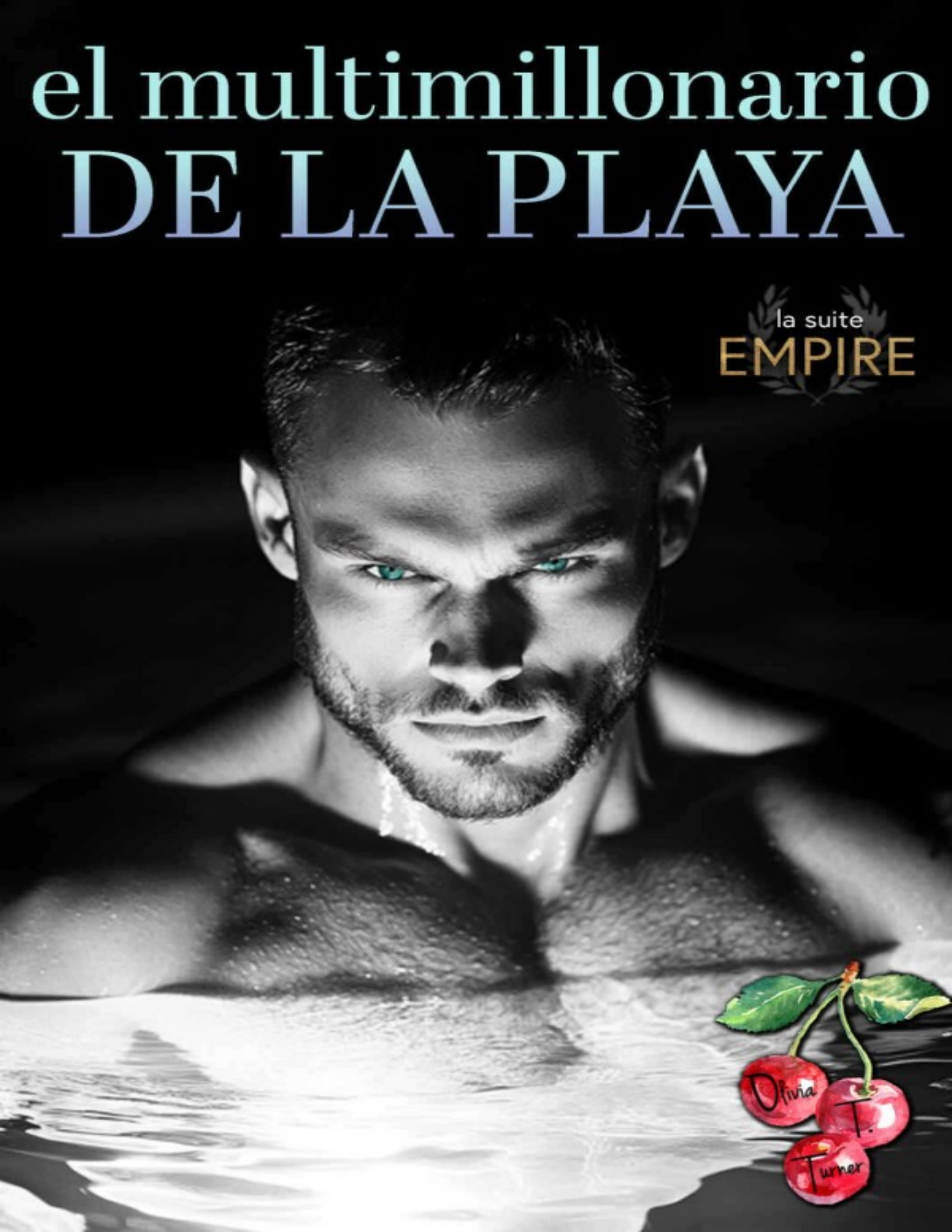
el multimillonario DE LA PLAYA

la suite
EMPIRE



Olivia T. Turner

EL MULTIMILLONARIO DE LA PLAYA

LA SUITE EMPIRE

LIBRO 1

OLIVIA T. TURNER



Copyright© 2026 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

El Multimillonario de la Playa

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

EL MULTIMILLONARIO DE LA PLAYA

Cualquiera diría que la boda de mi prima en el Caribe sería el paraíso.
Pero es que no conoces a mi familia.
Ruidosos, borrachos y lo bastante ordinarios como para mantenerme en un estado permanente de vergüenza ajena.
Va a ser una semana infernal.
Un ascenso inesperado a primera clase parece mi única escapatoria.
Pero es imposible escapar del hombre sentado a mi lado.
Adrian Drake.
Cuarenta y dos años.
Alto, corpulento y con un atractivo capaz de curarle a cualquiera el miedo a volar.
Irradia dinero, confianza y control.
Y quedo cautivada al instante.
Me invita a dejar tirada a mi familia y a pasar la semana con él en El Aurelia, el hotel más lujoso de Isla Verdanza.
Debería decir que no.
Pero con solo mirarlo sé que seguiría a este hombre a cualquier parte.
Se suponía que esta iba a ser la semana de la boda de mi prima.
Ahora parece mi luna de miel.
Quizá el paraíso no sea un lugar, después de todo…

Quizá esté sentado a mi lado a treinta mil pies, con una sonrisa arrebatadora y llamándome suya.

Maya quería el paraíso y lo consiguió con un multimillonario buenorro en la playa. Pero Adrian Drake es el tipo de paraíso del que no se vuelve. Este hombre maduro, atractivo y de lengua sucia no es unas vacaciones. Es para siempre.

Una irresistible novela romántica de verano con diferencia de edad, ambientada en el lujoso hotel Aurelia, donde los multimillonarios consiguen todo lo que desean.

Sin infidelidades y con un final feliz.

A mi amiga Cara, que acaba de empezar la menopausia.
Bienvenida a tu etapa más ardiente, literalmente.



CAPÍTULO UNO

Maya

—Ni de broma me voy de vacaciones con ellos —dice papá, que se ha quedado un poco pálido mientras observa a los padrinos gritar y golpear la barra del bar del aeropuerto con los puños como una manada de gorilas—. Son las siete y media de la mañana y ya están bebiendo chupitos.

Estoy sentada en la puerta de embarque con mis padres, sintiendo un nudo en el estómago al ver cómo el novio se sube a un taburete inestable y se bebe una jarra de cerveza de un trago. Sus compinches de aspecto criminal gritan con una fuerza excesiva mientras él pone la jarra vacía boca abajo sobre su cabeza y luego salta al suelo. Mi prima Leah, la novia, le rodea el cuello tatuado con los brazos y lo besa como si beberse una cerveza de un trago en un aeropuerto a las siete y media de la mañana fuera algo digno de celebración y orgullo.

—Madre mía —dice papá, dejando caer la cabeza entre las manos—. Esto va a ser un infierno.

Mi madre suele ser el contrapeso optimista al cinismo de mi padre, pero incluso ella parece horrorizada.

Yo simplemente estoy sentada en el asiento que hay entre ellos, con las piernas cruzadas, mordisqueando un muffin de pepitas de

chocolate. He descubierto que lo mejor es no llamar la atención cuando mi padre está molesto y empieza con uno de sus discursos.

—¿Pero de dónde ha sacado Leah a este tipo? —pregunta papá con un gemido—. ¿Del aparcamiento de la cárcel?

—Se conocieron en el trabajo —dice mamá.

—¿Tiene trabajo? —pregunta papá, escandalizado—. ¿Cómo es posible que te den trabajo con todos esos tatuajes en la cara?

—No he dicho que fuera un *buen* trabajo —le corrige mamá mientras observa al alborotado grupo con la nariz arrugada.

A ver, Leah siempre ha sido un poco ordinaria y siempre le han gustado los tíos del mismo estilo. A lo largo de los años, hemos tenido que lidiar con todos sus "interesantes" novios. Estuvo Mick, al que echaron de casa de mi abuela en Navidad por gritarle a su perro, y Tommy, que le dijo a mi tía que tenía "unas tetas estupendas para ser una vieja", y ahora se va a casar con Taint.

Sí, Taint. "Tara", en español.

No estoy segura de si es un apodo, una abreviatura o qué, pero es el único nombre que he oído. Incluso figuraba en la invitación de boda. Bueno, era un correo electrónico, no una invitación de verdad. Eso habría sido demasiado elegante para los novios.

Nos invitaron a última hora a una boda tropical en Isla Verdanza, que se encuentra en el mar Caribe, entre Antigua y Guadalupe, y todos queríamos decir que no, pero la tía Jennifer, la madre de la novia, nos hizo sentir culpables para que fuéramos.

Quiero decir, debería estar bien, ¿no? Palmeras, bebidas tropicales, arena suave y comida de estilo bufet libre; debería ser un sueño hecho realidad. Pero con Leah siempre hay un "pero".

Y estoy bastante segura de que el "pero" es nuestro complejo turístico: el Breezy Winds Resort & Casino.

El precio nos puso sobre aviso: 449 dólares por toda la semana.

La abundancia de reseñas de una estrella lo confirmó.

Este sitio va a ser un asssssscoooooo.

—No puedo creer que nos hayan arrastrado a esto —dice papá, sacando su teléfono—. Mira esto. Este tipo dice que había chinches en su habitación.

—¿Quieres dejar de leer esas reseñas? —dice mamá con un suspiro.

—Breezy Winds —dice papá—. La gente lo llama Sleazy Sins, el "Pecado Cutre", porque está lleno de gente como *esa*.

Señala la barra del bar del aeropuerto, donde Leah se ha unido ahora a la competición de beber tragos largos. Sus amigos gritan como personas que ya son demasiado mayores para andar por ahí en una fiesta universitaria mientras ella se pimpla una cerveza enorme, derramando la mitad sobre su pecho.

—¿Cómo puede haber tanta gente que piense que un tatuaje en la cara es una buena idea? —dice papá, sacudiendo la cabeza. Ahora los mira como un naturalista que se ha topado con una manada de babuinos.

Hay muchos tatuajes faciales en ese bar. Muchísimos. Que conste que en mi familia no hay tatuajes en la cara.

—¿Qué tiene ese tipo en la frente? —pregunta papá, entornando los ojos.

—Pone *Paz o Muerte* con un alambre de espino alrededor —le digo entre bocado y bocado de muffin.

—¿Paz o Muerte? —dice papá, poniendo los ojos en blanco—. Eso ni siquiera tiene sentido.

Suspira mientras vuelve a mirar su teléfono. —Esta persona dice que hubo una pelea a puñetazos en el vestíbulo cuando llegaron. ¿A qué clase de pocilga nos está obligando a ir?

—La gente que deja reseñas siempre tiene algo de lo que quejarse —dice mamá.

—A estas personas las hospitalizaron por culpa de la comida —dice papá, estirándose por encima de mí para enseñarle el teléfono —. Así que creo que tienen derecho a quejarse. No me puedo creer que esté desperdiciando mis días de vacaciones en esto.

—Guarda eso —dice mamá, devolviéndole el teléfono—. Viene mi hermana.

Mamá y yo forzamos una sonrisa cuando vemos que la tía Jennifer se acerca, con aspecto de estar un poco estresada. —¿Listos para embarcar? —pregunta.

—Listos para largarnos —murmura papá.

Le doy un codazo en el costado. —Estamos listos —digo, sonriéndole—. ¿Leah está emocionada?

Ella se gira y hace una mueca al ver a Leah acercarse dando traspiés. Se ha olvidado el bolso y la maleta en el bar.

—¿Qué pasa, gente? —grita, lanzando los brazos al aire.

Además de ser un poco ordinaria, Leah tiene una borrachera *muy* mala.

Se desploma en la silla al lado de mi padre y le rodea el cuello con el brazo. No puedo evitar reír por lo bajo cuando veo que él se pone rígido como una tabla.

—Estoy tan feliz de que vengas, tío David —dice ella arrastrando las palabras a escasos centímetros de su mejilla.

Tiene los pechos presionados contra su brazo y puedo oler el alcohol en su aliento desde aquí. Creo que nunca he visto a mi padre tan incómodo. Es trágico, pero también bastante divertido.

—Me he asegurado de que todos tengamos asientos juntos en el avión —dice, balbuceando.

A papá se le salen los ojos de las órbitas mientras observa al grupo acercarse. Todo el mundo mira al novio y a sus amigos mientras se adueñan de la zona de espera junto a la puerta. Son todos ruidosos y están borrachos como cubas: la peor pesadilla de mi padre.

—Cariño, te has olvidado la bolsa —dice Taint, soltando el bolso de ella en el suelo, frente a ella, como si fuera un trozo de basura.

—Ah, joder —dice ella, soltando por fin a mi padre. Él respira por primera vez desde que ella llegó—. Mi vestido de novia está ahí dentro.

Miro la mochila sucia y deshilachada con asombro. ¿Su vestido de novia está ahí dentro? ¿Todo arrugado?

Pero estamos hablando de Leah. Se va a casar en la playa, así que es capaz de ir hacia el altar con un bikini blanco, completado con un tanga para que a mi padre le dé un infarto.

—Nena —dice Taint mientras se deja caer en un asiento vacío junto a una niña de siete años. La madre de la niña se la lleva rápidamente de allí—. Me voy a sentar con Stank.

—Ni de coña —dice Leah, con cara de estar lista para abofetear a alguien—. Es nuestra boda. Te sientas *conmigo*.

Empiezan a discutir y noto que mi padre se pone cada vez más tenso e incómodo por momentos.

En ese momento oigo mi nombre por los altavoces: Maya Howard, por favor, acuda al mostrador de embarque at gate 37.

—Esa eres tú —dice mamá—. ¿Quieres que te acompañe?

—Ya voy yo —digo mientras cojo mi bolso y me alejo a toda prisa de este espectáculo lamentable.

—Hola —digo, sonriendo a la azafata del mostrador—. Soy Maya Howard.

—Ah —dice ella, comprobando mi billete y mi pasaporte—. Hay un problema con su asiento.

—Vale. ¿Cuál es el problema?

—El pasajero que ocupó el asiento en el vuelo anterior se puso enfermo y lo manchó.

Se me cae el alma a los pies. Qué asco. Justo lo que me faltaba para que estas vacaciones fueran un poco peores.

—Por lo tanto, vamos a pasarla a primera clase.

Me animo de inmediato. —¿Ah, sí?

—¿A menos que prefiera quedarse con su grupo?

Miro por encima del hombro hacia ellos. Leah está en medio de la sala de espera sollozando con rímel barato corriéndole por las mejillas como si fuera a protagonizar la próxima película de *El Cuervo*, Taint y sus colegas están discutiendo con el padre y la madre de otra familia, y mi padre parece listo para saltar por la ventana y escapar a pie por la pista de aterrizaje.

—No, acepto el billete de primera clase —digo, asintiendo.

Papá se muere de envidia cuando se lo cuento. —Por favor, llévame contigo —suplica.

El embarque es caótico y ruidoso con esta gente, y Leah no para de llorar en todo el rato. Debería intentar consolarla, ya que es su boda y todo eso, pero está borracha, es demasiado pronto y no estoy de humor, así que dejo que pasen todos primero.

Cuando por fin me deslizo en el enorme asiento de cuero que parece una nube y la azafata cierra la cortina, dejando fuera a mi

vergonzosa familia, me siento en el cielo.

Nunca había estado en primera clase. Trabajo en una organización sin ánimo de lucro, así que lujos extravagantes como este no existen en mi vida. La ONG para la que trabajo (una organización benéfica que paga campamentos de verano a niños de barrios marginales con bajos ingresos) apenas tiene fondos suficientes para pagarme mi exiguo salario, así que esto ni siquiera se cuestionaba. Apenas pude reunir los cuatrocientos cuarenta y nueve dólares para el asiento básico en la parte trasera del avión.

—¿Una toallita caliente? —pregunta una de las azafatas, ofreciéndome una con unas pinzas.

—Sí, por favor —digo mientras la cojo, limpiándome las manos y la cara.

Esto es una maravilla. Estoy al lado de la ventana y el asiento de al lado está vacío. Tendré buena comida y bebida, y no tendré que oír a Taint y a sus compinches aullar como orangutanes durante todo el vuelo.

Me hundo en el cómodo asiento y miro por la ventana, observando al personal de tierra trabajar mientras todo el mundo se acomoda. Todo el mundo ha embarcado, así que supongo que tendré los dos asientos para mí sola. Dejo el libro en el asiento cuando un hombre guapísimo dobla la esquina y me llama la atención.

—*Vaya*...

Avanza por el pasillo con esa clase de confianza tranquila que hace que el aire cambie. Lo siento en mis huesos. El aliento se me queda atrapado en la garganta mientras me agacho un poco, asomándome por detrás de los asientos.

Este hombre tiene *presencia*. Irradia autoridad y fuerza. Definitivamente es de primera clase. Se le ve muy cómodo aquí. No me puedo imaginar a ese hombre en la parte de atrás con Taint y sus amigos. Se vería más fuera de lugar que incluso mi padre.

La azafata acude rápidamente a ayudarlo, sacando pecho mientras le dedica una sonrisa radiante y unos ojos seductores.

—¿Puedo ayudarle, señor? —pregunta en un tono coqueto que no tenía cuando me ofreció la toallita caliente.

No puedo culparla por esforzarse tanto.

Es tan atractivo. Increíblemente atractivo.

No puedo apartar los ojos de él. Sus brillantes ojos azules son fascinantes.

Es muy alto, de hombros anchos y cuerpo musculoso; del tipo que se consigue haciendo actividades físicas como escalada o surf, más que pasando horas en el gimnasio. Su camisa blanca se le ciñe en todos los lugares adecuados, con las mangas remangadas sobre sus gruesos antebrazos y unos cuantos botones desabrochados para revelar la piel bronceada de su pecho. Sus pantalones son azul marino, hechos a medida pero cómodos, de esos que lleva un hombre que puede permitirse parecer informal con ropa de mil dólares.

Tiene el pelo rubio oscuro un poco más largo de lo que cabría esperar de un hombre de negocios, pero le sienta de maravilla. Tiene algunas hebras plateadas muy sutiles. Pienso en lo que sería deslizar mis manos por ese pelo mientras miro esos impresionantes ojos azules.

Le enseña el billete a la azafata y ella me señala directamente.

Cojo aire con fuerza mientras me agacho, escondiéndome tras el asiento. Las mejillas se me calientan al sonrojarme de vergüenza. *¿Habrá visto eso?*

¿Qué estoy haciendo?

Intento calmar los nervios que recorren mi cuerpo mientras rebusco en mi bolso fingiendo que busco algo.

Unos agónicos segundos después, llega a mi fila, alzándose sobre el asiento. Mantengo los ojos fijos en mi bolso mientras muevo la mano por el interior. Soy demasiado tímida para mirarlo.

Abre el compartimento superior y se estira para meter su bolsa dentro. Echo un vistazo furtivo a su abdomen y trago saliva. Su camisa blanca se levanta un poco, revelando la piel bronceada de unos abdominales de escándalo. Se me hace la boca agua mientras mis hambrientos ojos bajan hasta la hebilla de su cinturón y luego a sus pantalones.

Oigo cómo se cierra el compartimento de un golpe y vuelvo a centrar toda mi atención en el bolso. Dios, ¿dónde están estos...

auriculares?

Cojo mis AirPods y los saco del bolso como si de verdad los estuviera buscando todo el tiempo y no estuviera evitando la mirada de este hombre espectacular.

—¿Es suyo este libro?

Dios, esa voz... Es profunda y ronca, y me provoca un cosquilleo de satisfacción por toda la espalda.

—Sí, perdón —digo mientras lo cojo y lo miro.

Nuestras miradas se encuentran y es como una sacudida en el pecho. Él no aparta la vista. Se queda ahí de pie y me mira como si estuviera viendo algo especial por primera vez.

Algo profundo y pesado se agita en mi estómago. Siento el aire más ligero. Mis dedos se mueven nerviosos contra el reposabrazos, como si buscaran algo a lo que aferrarse.

Es aún más guapo de cerca. Tiene una sombra de barba de uno o dos días que enmarca su afilada mandíbula, y su boca es pura perfección sensual.

Me imagino a este tipo en bañador junto a la piscina, sin camiseta y brillando sublime bajo la luz del sol. Es imposible que este hombre se vaya de vacaciones a Sleazy Sins con nosotros. Probablemente se aloje en algún complejo apartado y misterioso que solo conocen los ricos. De esos que *nunca* aparecen en las webs de reservas con descuento.

Sonríe, de forma profunda y seductora, mientras me mira. De repente siento calor por todo el cuerpo de repente y deseo que las ventanillas del avión pudieran abrirse para que me diera el aire. Huele de maravilla, a perfume caro, y me está tentando de una manera feroz.

—Espero no molestar —dice mientras se sienta, moviéndose con una precisión segura, como hacen los hombres dominantes cuando están acostumbrados a tener el control.

—En absoluto —digo con un nudo en la garganta al encontrarnos de repente codo con codo, a punto de embarcarnos en un viaje en avión de cuatro horas. Juntos.

Se me acelera el pulso sabiendo que estaré al lado de este hombre durante todo el vuelo. ¿Cómo voy a comer, a relajarme o

incluso a respirar? Puede que estuviera más cómoda allá atrás, en el asiento del vómito, rodeada de Taint y sus capullos amigos.

Se abrocha el cinturón y el clic suena definitivo. Como si no pudiera escapar.

Miro fijamente la pequeña pantalla que tengo delante mientras el corazón me late con fuerza.

Molestar...

No está molestando.

Está *invadiendo*.

Mi espacio, mi corazón, mi alma, mi sistema nervioso central. Está tomando el control de todo.

Y que Dios me ayude, pero creo que me gusta.

CAPÍTULO DOS

Adrian

Me siento *atrapado* en este asiento.

No soy claustrofóbico ni tengo miedo a volar. No es eso.

Es esta chica a mi lado. Deseo volver a contemplar detenidamente su hermoso rostro, pero no puedo. Mis ojos se ven forzados a mirar hacia delante, clavados en la televisión del asiento frente a mí, mientras pasan las instrucciones de seguridad y el avión se dirige a la pista de despegue.

Daría un millón de dólares por congelar el tiempo ahora mismo para poder girarme en este asiento y mirarla todo lo que quisiera. Solo he vislumbrado fugazmente sus ojos color miel y su cabello ámbar, pero ha sido suficiente para dejarme atónito. Para sacudirme hasta lo más profundo.

Me aferro a los reposabrazos, con el corazón martilleando en el pecho mientras echo un vistazo a sus piernas, preguntándome cómo serán cuando no estén cubiertas por esos pantalones de yoga negros. Me doy cuenta de que esta preciosa chica va a lucirlas en la playa y una faceta posesiva que no sabía que tenía ruge indignada. Quiere llevársela lejos y guardársela para mí solo. No quiero que los ojos de nadie se posen en ella más que los míos.

Pensaba que todo este día estaba maldito. Mi jet privado ha tenido problemas mecánicos, así que he tenido que comprar un billete de última hora en un vuelo comercial. Solo les quedaba este asiento en SkyExpress, la peor aerolínea del planeta, pero lo he aceptado para poder llegar a mi reserva en The Aurelia. He tenido que correr por el aeropuerto como un poseso y he llegado por los pelos antes de que cerraran las puertas.

Estaba pensando en abandonar el viaje por completo, pero ahora sé que no ha sido mala suerte. Ha sido algo totalmente distinto. Ha sido el universo guiándome hacia este momento. Hacia esta chica. Esto es el destino. Un vistazo y ya estoy obsesionado. Sé que es mía. Nada más puede explicar estos sentimientos primarios de posesión que laten por todo mi cuerpo. Debo tenerla.

—¿Champán para el despegue? —pregunta la azafata mientras nos ofrece a cada uno una copa.

—Me encantaría —dice el ángel que tengo al lado mientras coge una copa. Tiene las manos más bonitas del mundo. Me quedo descolocado un segundo mientras las admiro.

—¿Y para usted, caballero?

—Sí, por favor —digo, cogiendo también una copa.

—Son la pareja más guapa que he visto en mucho tiempo —dice ella mientras se inclina y nos llena las copas—. ¿Están de luna de miel?

Me giro hacia la chica de mis sueños y sonrío al ver sus mejillas sonrojadas.

—No —dice ella con timidez—. Nosotros, eh... no nos conocemos.

Todavía.

—Oh, lo siento —dice la azafata mientras termina de servir—. Es un vuelo largo. Nunca se sabe qué puede pasar.

Levanta las cejas y sonríe antes de pasar a los pasajeros de detrás.

Siento los nervios a flor de piel mientras el avión se detiene en la calle de rodaje.

—Salud —digo, sonriendo mientras levanto mi copa y me giro hacia mi futura esposa.

Esos ojos color miel se apoderan de mi alma cuando establecemos contacto visual. De cerca, esta chica es impresionante. Es perfecta.

—Salud —dice ella, brindando conmigo.

Damos un sorbo y, de repente, ella aparta la cabeza, arrugando la nariz.

—¿Estás...

Estoy a punto de preguntarle si está bien, pero estornuda tres veces seguidas, como una ráfaga; unos estornudos adorables que hacen que me enamore aún más. Hacen que mi obsesión crezca.

—Jesús —digo mientras la observo con una sonrisa.

Sorbe por la nariz mientras me mira con timidez, y sus mejillas se ponen un poco más rojas. —Son las burbujas del champán —dice—. Siempre me hacen estornudar.

Es tan adorable. Ya estoy enamorado.

—¿Quieres que te traiga otra cosa?

—No, no —dice, mirando su copa—. No me pasa si me tapo la nariz.

—¿Y por qué no lo haces?

Suspira mientras se tapa la nariz. —Porque me veo así —dice, con voz de la rana Gustavo—. No es muy elegante, ¿verdad?

—Yo no te juzgaré —digo con una risita.

Se gira hacia la ventana y se termina el champán, apretándose la nariz para no volver a estornudar.

—¿Viajas sola? —pregunto, queriendo mantener la conversación. Solo tengo unas pocas horas para hacer que esta mujer entienda que su lugar está conmigo. No puedo desperdiciar ni un segundo.

Si de mí dependiera, haría que este avión realizara un aterrizaje de emergencia en el Caribe. Nadaríamos hasta una isla desierta y viviríamos allí el resto de nuestros días, solos los dos.

—En realidad, mi familia está ahí atrás —dice con un suspiro mientras señala la cortina que nos separa de la multitud en la parte trasera del avión—. Mi prima Leah se casa.

—¿Ah, sí? —pregunto, preguntándome cómo puedo conseguir una invitación para la boda.

—Está siendo un poco desastre —dice ella—. El novio va borracho, la novia está llorando y el complejo vacacional tiene pinta de ser un infierno.

—¿A qué complejo vas? —Rezo para que diga The Aurelia, pero nadie con dos dedos de frente describiría The Aurelia como un infierno. Es uno de los complejos de playa más lujosos de la Tierra. Es impresionante.

Parece avergonzada al decirlo: —Al Breezy Winds Resort & Casino.

He oído hablar de ese. Suele ser el destino de los grupos grandes de universitarios ruidosos que se ven en el aeropuerto. Es un complejo de bajo coste. De la categoría más baja, justo por encima de un albergue. No es un lugar al que pertenezca una chica como esta. Debería estar rodeada de lujo. Deberían consentirla hasta el extremo. Se merece lo mejor que este mundo puede ofrecer.

—¿Dónde te alojas tú? —pregunta ella rápidamente, intentando cambiar de tema para dejar de hablar del Breezy Winds y de lo horrible que será.

—En The Aurelia.

Se queda boquiabierta por la sorpresa, pero se recupera rápido.

—Leí un artículo sobre ese sitio mientras buscaba información de Isla Verdanza —dice—. Es impresionante. Pensaba que ese lugar era solo para multimillonarios y miembros de la realeza.

Se ríe y yo me encojo de hombros. —De vez en cuando dejan entrar a algún canalla como yo.

Dudo que eso sea cierto dado el precio de las habitaciones. Yo me alojo en la Suite Empire y cuesta cuarenta mil dólares la noche.

—Bueno, si el Breezy no es de tu agrado, eres bienvenida a quedarte conmigo.

Saco una tarjeta de mi maletín de piel y se la entrego. Sopesa mi impecable tarjeta de visita de color marfil entre sus dedos como si se lo estuviera pensando.

—Por si acaso —digo con una sonrisa casual—. Si no, puedes usarla como marcapáginas.

Sonríe mientras la desliza dentro de su libro. —Gracias.

Mi corazón truena cuando el avión empieza a moverse de nuevo, alineándose con la pista.

Por primera vez en años, no estoy pensando en a dónde voy, sino solo en la mujer sentada a mi lado.

Ella aún no lo sabe, pero el destino nos ha unido. Es obra de la providencia.

Y para cuando las ruedas toquen el suelo en Isla Verdanza, será oficialmente *mía*.

—¿A qué te dedicas? —pregunta mientras corta su ternera asada.

Estamos a mitad del vuelo, almorzando, y el tiempo pasa demasiado rápido. Me está estresando. Sigo dándole vueltas a la idea de ir a la cabina y ofrecerles a los pilotos un millón de dólares para que den un rodeo hacia Isla Verdanza. Quizá puedan dar un par de vueltas a Australia antes de aterrizar.

Hemos estado charlando todo el tiempo y, si antes no estaba prendado, ahora sí. Estoy completamente cautivado y hechizado por esta chica. Es todo lo que nunca supe que necesitaba.

—Oficialmente, estoy retirado —le digo mientras como mi risotto de gambas.

—¿Retirado? —dice ella, ladeando la cabeza—. Pero si solo tienes unos cuarenta años.

—Cuarenta y dos —digo, esperando que no sea demasiado viejo para ella—. Todavía doy alguna charla de vez en cuando, pero no tengo un trabajo convencional.

Ella sonríe, una sonrisa lenta y curiosa que hace que mi pulso se acelere. —¿Así que eres uno de esos tipos misteriosos retirados prematuramente que hicieron una fortuna haciendo algo que nadie entiende?

Río suavemente. —Algo así.

Su tenedor se queda suspendido en el aire. —Vale, ¿y qué fue? No puedes soltar una bomba así y no decírmelo. ¿Millonario de Bitcoin?

Gané más de cincuenta millones con Bitcoin, pero eso solo fue un extra. Ya tenía mi imperio consolidado antes de tocar eso.

—Tecnología —digo, manteniéndome impreciso—. Temas de software. Nada emocionante.

—¿Software? —Entorna los ojos como si intentara imaginarme encorvado sobre un ordenador—. No pareces un informático.

Levanto una ceja. —¿No?

—Pareces… —Se interrumpe, bajando la vista por mi pecho antes de apartarla rápidamente—. Como el tipo que contrata y despide a los informáticos. El que manda. El jefe.

Dios, cómo me gusta cómo suena eso saliendo de su boca. Me acerco un poco más. —¿Qué te hace decir eso?

Se encoge de hombros mientras mastica la ternera. —Solo una vibración que transmites. Puedo imaginarte moviéndote por alguna oficina de lujo en un rascacielos, consiguiendo todo lo que quieres.

—¿*Todo* lo que quiero?

Levanto la ceja mientras la miro. Mis miles de millones pueden comprar cualquier cosa del planeta, pero lo único que quiero es a ella. El universo es curioso en ese sentido. Crees que estás en la cima del mundo y que eres intocable, y entonces aparece la chica de tus sueños y te das cuenta de que eres tan indefenso y vulnerable como los demás cuando se trata del amor.

—Básicamente —dice ella con una sonrisa—. ¿Me equivoco?

Mis ojos bajan a sus labios carnosos un instante y luego vuelven a perderse en sus preciosos ojos color miel. —Puede que no.

—¿Cómo es trabajar para ti? —pregunta, ladeando la cabeza como si intentara visualizarlo—. ¿Eres muy exigente y dominante?

¿Acaso se da cuenta esta chica de las palabras que está diciendo? Exigente… Dominante… Todo lo que seré en el dormitorio con ella…

—No creo que durara mucho como empleada tuya —dice, riendo —. Estoy segura de que me despidirías en una semana.

—Oh, yo no te despediría. —Inclino mi copa de vino hacia ella, observando cómo se mueve su garganta al tragar—. Simplemente buscaría formas creativas de mantenerte... motivada.

Ella aprieta los labios para ocultar una sonrisa, pero aún se le curvan las comisuras. —Eso suena sospechosamente a acoso sexual, señor jefazo.

—Adrian —corrijo con suavidad—. Y solo se llama acoso sexual si me pides que pare.

Sus mejillas vuelven a encenderse y baja la vista a su plato, intentando no sonreír, cortando la carne con demasiado cuidado, fingiendo que no siente el calor que emana entre nosotros. Juraría que el aire que nos rodea se espesa, vibrante y vivo.

—Quizá debería enviarte mi currículum —dice, lanzándome una mirada coqueta—. Parece que encajaría perfectamente.

—Como he dicho, estoy retirado. Pero se me ocurren cosas mejores que hacer contigo.

La azafata regresa y rellena nuestro vino, dedicándonos una sonrisa de complicidad. Ha estado observando nuestro flirteo todo el tiempo. Mi chica da un sorbo mientras mira cómo me rellenan la copa.

—¿Estás lista para darme tu nombre? —le pregunto a la chica de mis sueños una vez que la azafata se ha ido.

—Maya —dice ella—. Maya Howard.

Sonrío mientras lo susurro, solo para notar cómo suena en mis labios.

—¿Y a qué te dedicas, Maya? ¿Qué te trae por primera clase?

Ella se ríe. —Un cambio a una clase superior gratis. Trabajo para una organización sin ánimo de lucro, así que esto es algo inusual para mí.

Le pregunto sobre ello y me cuenta todo sobre su gratificante trabajo: dar a niños que quizá nunca habrían salido de la ciudad durante su infancia la oportunidad de ir a un campamento de verano en el bosque. Pueden experimentar la naturaleza, los lagos, las caminatas, el piragüismo, la natación, cazar ranas y las hogueras bajo las estrellas con historias de miedo y nubes de azúcar tostadas.

—Sé que no es curar el cáncer ni salvar a niños que mueren de hambre en Somalia —dice con un tímido encogimiento de hombros —. Pero me parece importante. Es muy divertido ver cómo se

iluminan las caras de estos niños cuando caminan por un bosque de verdad por primera vez. Es mágico.

Ella es mágica. Me limito a mirarla con asombro, preguntándome si es real.

—Mi trabajo es conseguir financiación y organizarlo todo —dice ella—. Puede ser difícil. A menudo la gente me ignora, diciendo que hay cosas más importantes a las que donar, y es difícil rebatirlo, pero dar a los niños una infancia agradable y una nueva perspectiva sobre el planeta también es importante.

—Creo que es increíble lo que haces —le digo—. Esos niños tienen suerte de tenerte.

Tomo nota del nombre de su asociación benéfica y, en cuanto este avión aterrice, voy a llamar a mi contable para que escriba un cheque generoso y lo envíe.

—¿De verdad te retiraste a los cuarenta y dos? —dice tras un momento, con la voz de nuevo más ligera—. ¿Cómo es eso?

—Tranquilo —digo sinceramente—. Hasta hace unas dos horas.

Su tenedor se detiene. —¿Ah, sí? ¿Qué pasó hace dos horas?

Sonrío, dejando que mi mirada se demore en sus labios. —Te sentaste a mi lado.

Ella sacude la cabeza mientras se apoya en la ventana, girando el cuerpo para poder mirarme. —¿En qué me he metido al sentarme a tu lado?

Sonrío mientras dejo que mis ojos hambrientos recorran su pierna, que está apoyada en el asiento. El avión zumba a nuestro alrededor mientras sobrevolamos las nubes.

—El mejor asiento del avión —digo, con la voz más ronca de lo que esperaba—. Solo que aún no lo sabes.

—Oh, lo sé —susurra ella.

Nuestros ojos se encuentran y nuestra mirada ardiente se prolonga hasta que temo que este avión entero estalle en llamas.

A la tercera hora, más o menos, cuando Maya se deleita con un suculento brownie y mis ojos se deleitan con sus labios seductores mientras mastica, el avión sufre un poco de turbulencia.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta ella, con sus brillantes ojos azules moviéndose de un lado a otro. Se aferra al reposabrazos cuando el avión vuelve a sacudirse.

—Solo un poco de turbulencia —le digo suavemente—. Es normal. El avión puede soportarlo.

Eso espero.

Odio que vuele en esta aerolínea barata. ¿Qué edad tiene este avión? Deberíamos volar en privado. Deberíamos ir en mi jet nuevo y flamante. De ahora en adelante lo hará, lo garantizo.

Les diré a mis pilotos que eviten las turbulencias a toda costa. No quiero volver a ver esa mirada de miedo en sus ojos jamás.

—Todo va bien —digo cuando ella gira la cabeza y mira por la ventana para asegurarse de que el ala sigue ahí. Le cojo la mano y se la aprieto—. Estás a salvo. Estás bien.

Se vuelve hacia mí y esos ojos se suavizan mientras me mira. Me acerco mucho, manteniendo la voz baja y tranquilizadora. —Te tengo, Maya. No dejaré que te pase nada malo.

—¿Lo prometes? —pregunta ella, con la voz temblando un poco.

—Lo prometo —susurro mientras me inclino. Mis ojos bajan a su boca. Los suyos bajan a la mía.

El avión tiembla, igual que nosotros, y nuestros labios salvan la distancia final. Gimoteo cuando siento sus labios suaves y tentadores sobre los míos, moviéndose y deslizándose y sintiéndose tan malditamente bien que no puedo ni respirar.

Le acuno la mandíbula y ella entreabre los labios, permitiendo que esa deliciosa y sedosa lengua se deslice contra la mía. Sabe a chocolate. Sabe a gloria.

Su mano busca mi pecho, con los dedos enroscándose en mi camisa mientras el beso se intensifica, lento y hambriento. Cada nervio de mi cuerpo se enciende. Soy medio consciente de que probablemente la gente nos esté mirando, pero nada que no fuera un fallo en el motor podría apartarme de estos labios mágicos.

Dios, quiero hacerle tantas cosas a esta chica. Quiero desnudarla lentamente. Quiero abrirle las piernas y saborear su dulzura. Quiero que se enamore de mí. Quiero hacerla gritar mi nombre mientras la hago correrse más fuerte de lo que jamás creyó posible.

Cuando finalmente nos separamos, su aliento cálido choca contra mis labios hormigueantes. Me mira bajo esas pestañas sexis, un poco aturdida, con las mejillas sonrojadas y la lengua lamiendo mi rastro de sus labios. Nunca he visto nada tan excitante. Nunca he experimentado un deseo como este. No, no deseo. *Necesidad*. Necesito a esta chica como necesito el oxígeno.

No puedo vivir sin ella. No *viviré* sin ella.

—Gracias por calmarme —susurra. El avión está ahora perfectamente estabilizado, aunque yo estoy rezando por un poco más de turbulencia. Quizá si volamos hacia una tormenta se siente en mi regazo...

—Cuando quieras —susurro, mientras mi pulgar acaricia su mandíbula—. ¿Ha funcionado?

—Ha conseguido que deje de pensar en la turbulencia —dice ella, sonriendo con esas adorables mejillas ruborizadas—. Pero no me ha calmado. Mi corazón late aún más deprisa ahora.

Cojo su mano y la pongo sobre mi pecho. Ella sonríe al sentir que mi corazón también martillea con fuerza.

Nuestra azafata celestina nos dedica una sonrisa cómplice al pasar.

—Lo sabía —se susurra a sí misma.

Yo también lo sabía. En el momento en que la vi.

Pero ahora, estoy casi seguro. Esta chica es *mía*.

CAPÍTULO TRES

Maya

—Esto es increíble —masculla mi padre mientras Taint y sus colegas se pasan cervezas en el autobús. Les han comprado varias cajas de cerveza caliente a un tipo en el aparcamiento del aeropuerto y se están poniendo finos de camino al complejo. Algunos fuman cigarrillos, llenando el autobús de humo.

Esto ya es un caos. Son tan ruidosos y desagradables que no puedo con mi vida.

Cierro los ojos y me tapo los oídos, intentando imaginar que sigo en el avión al lado de Adrian. Siento un hormigueo por todo el cuerpo al recordar lo que sentí cuando me cogió las manos, sus susurros tranquilizadores al oído, diciéndome que todo saldría bien. Me estremezco al recordar cómo fue que me besara. Fue increíble y tan inesperado que este hombre rico y guapo me besara como si estuviera reclamando mi boca.

Nunca me habían besado así. Es algo de lo que no se vuelve.

Intento recordar cada detalle: la sensación de su pecho firme y musculoso bajo mis dedos palpitantes, la forma en que su mano acunaba mi mandíbula como si yo fuera una obra de arte preciada, el calor de su aliento sobre mi piel encendida... Lo estoy visualizando

todo y estoy a punto de volver allí con él cuando siento una fuerte sacudida en el hombro que me arranca de mi nuevo lugar feliz.

Levanto la vista sorprendida. Taint está de pie frente a mí con una lata de cerveza caliente, ofreciéndomela.

—¿Quieres pillarte un buen pedal? —pregunta.

—No, gracias —digo, forzando una sonrisa.

Le ofrece la lata a mi padre, que está sentado a mi lado. Papá se limita a mascullar algo entre dientes y se gira hacia la ventana.

—Más para nosotros —dice Taint, abriéndola.

—¡Eh, pásame una! —grita uno de sus idiotas amigos desde la parte delantera. Taint lanza la cerveza, a pesar de que está abierta, y la bebida llueve sobre todos los que están en las cinco filas que hay entre él y el idiota número dos.

Todo el autobús es de nuestro grupo, así que es fuego amigo. Mi madre está sentada delante de nosotros, al lado de su hermana Jennifer, y se lleva la peor parte.

—¿Habla en serio? —espeta mi padre—. Acaba de volcarle la cerveza encima a mi mujer.

Taint se ríe como si fuera una gran broma. —Mi boda, mis reglas.

A mi padre se le queda la boca abierta mientras Taint se aleja pavoneándose, repartiendo más cervezas calientes.

—Este tío no puede ser peor —dice mi padre mientras lo ve alejarse con fuego en los ojos.

Y entonces Taint enciende un puro enorme en el autobús caluroso, y mi padre sacude la cabeza. —Me retracto.

Me hundo en el asiento e intento ignorar el caos que me rodea. Mi mente vuelve directamente al aeropuerto, al momento en que aterrizamos.

Adrian quería que fuera con él a The Aurelia. Prácticamente me lo suplicó. En un momento dado, pensé que podría echarme al hombro y llevarme por la fuerza; creo que esa opción me habría gustado.

Pero entonces apareció mi escandaloso grupo y volví a ser absorbida por el caos. Papá se quejó del servicio en el avión y mi madre estaba horrorizada porque Leah lo vomitó todo en el baño y tuvo que limpiarlo con Jennifer.

Perdí de vista a Adrian al pasar por la aduana y no volví a verlo. ¿Quizá lo retuvieron? Lo busqué por todas partes, pero no pude encontrarlo. Salió de mi vida tan rápido como entró.

Todo mi cuerpo se queda entumecido y pesado al saber que probablemente no volveré a verlo. No estoy preparada para aceptar eso todavía.

Abro mi libro y saco su tarjeta de visita, lo único que me queda de él. Paso los dedos por la superficie rugosa mientras leo su nombre con tinta negra brillante. Adrian Drake. Me hace sentir un poco mejor saber que tengo un pedazo de él, aunque solo sea una tarjeta de visita elegante. Al menos, sé que fue real y no solo un sueño.

Me escurro en el asiento y saco el móvil para investigar un poco mientras el autobús avanza por la carretera. Busco a Adrian en Google y siento que se me ilumina el pecho al ver montones de artículos, entrevistas y fotos suyas con gente importante. Guau. Está en todas partes. Entregas de premios, conferencias magistrales en congresos enormes e incluso hay una foto suya en la Super Bowl en un palco privado.

Hago clic en el primer artículo y contengo el aliento al leer el título.

Adrian Drake, el multimillonario tecnológico que arrasa en el mundo.

¿Multimillonario?

No me sorprende. Se notaba que tenía una inteligencia de genio. Había algo detrás de esos ojos oscuros. Una brillantez innata. Una forma de procesar el mundo que era totalmente única.

Busco en Google algunas cosas más. Principalmente, *mujer de Adrian Drake* y *novia de Adrian Drake*.

No sale nada. Exhalo un suspiro de alivio al saber que no hay ninguna novia modelo impresionante vestida de Gucci esperándolo en una mansión en casa.

¿Pero qué más da? No voy a empezar a salir con un *multimillonario*. No cuando mi vida es *esto*.

—¡Bebed, cabrones! —grita Leah mientras se pone de pie en el asiento del autobús, en la parte delantera, y se bebe una cerveza de

un trago—. ¡Me voy a casar!

—A mí me va a dar una migraña —dice mi padre y yo suelto una carcajada.

Todo el mundo vitorea, excepto nosotros y el conductor del autobús que le está echando bronca a la novia y pidiéndole que se siente. Leah se limita a ignorarlo y luego cae al pasillo como un saco de patatas cuando él toma una curva un poco más cerrada de lo necesario.

Llegamos al complejo y hay más caos. Hay una multitud indisciplinada de turistas malhumorados intentando registrarse con solo dos recepcionistas abrumados para hacerlo. Nuestro grupo no hace más que aumentar la locura.

—¡Paso a la novia! —grita Leah, tambaleándose mientras empuja y se abre paso a codazos hasta el mostrador.

Algunas personas que ya estaban en la cola se molestan y empiezan a discutir con Leah, lanzándose improperios. Taint intenta sujetar a Leah cuando parece que la cosa se va a poner violenta y eso la cabrea de verdad; los novios acaban teniendo una disputa a gritos delante de todo el mundo.

Todo es un desastre. Tardamos más de una hora y media en conseguir las tarjetas de nuestra habitación y para entonces todo el mundo está muerto de hambre y de un humor de perros.

Papá pregunta dónde encontrar a un botones y, por supuesto, no hay ninguno. Cargamos con nuestras maletas hasta la habitación, pasando por la enorme piscina por el camino.

La música está a un volumen ensordecedor y el DJ no para de gritar cosas ininteligibles por el micrófono, empeorándolo todo. Todas las sillas están ocupadas y hay toallas mojadas extendidas por cada centímetro de cemento disponible. Hay torres de vasos vacíos apilados por todas partes y colillas de cigarrillos ensuciando el interior de las macetas y jardineras. Miro a la piscina y me estremezco al ver una tirita flotando en el agua.

Es horrible. Peor de lo que pensábamos.

—Supongo que esto es lo que obtienes por 449 dólares —dice papá, con cara de querer largarse ya.

Comparto habitación con la tía Jennifer y es tan decepcionante como os podéis imaginar. Mis vistas dan a una pared de ladrillos y la cama es dura como una piedra, con las sábanas manchadas y ásperas como el papel de lija. Ni siquiera quiero deshacer la maleta y que mis cosas toquen nada de aquí, así que lo dejo todo dentro y me reúno con mis padres en el pasillo para ir a comer algo al bufé.

Por fin conseguimos un asiento en el ruidoso bufé del caos. La familia de al lado está en bañador mojado. La madre lleva la parte de abajo de un biquini de hilo dental sin nada encima.

La comida también parece peligrosa. Puedes pillar lo que quieras: salmonela, norovirus, ébola. No me extrañaría que el próximo brote pandémico se originara aquí.

Cogemos algo de pan y unas cajas de cereales —con demasiado miedo para tocar cualquier otra cosa— y nos sentamos. Mi padre está indignado.

—Tenemos que pasar por todo esto y se habrán divorciado en tres meses —dice, desmenuzando su panecillo de cena como si estuviera hecho de cianuro.

—Quizá el matrimonio los enderece a los dos —dice mamá en tono esperanzado.

Los dos la miramos con cara de póker y ella suspira. —Sí, eso ha sido una tontería.

La tía Jennifer llega corriendo cuando casi hemos terminado.

—¿Qué pasa? —pregunta mi madre al ver la cara pálida de su hermana.

—Se suspende la boda —dice la tía Jennifer.

—Gracias a Dios —dice mi padre demasiado alto—. Quiero decir, oh, no, ¿qué ha pasado?

—Leah ha explotado. Está en un taxi de camino al aeropuerto.

Papá sonríe por primera vez hoy. —¿Entonces nos podemos ir ya?

—Supongo que sí —dice la tía Jennifer, agarrándose el codo.

Mamá se levanta y la consuela mientras mi padre se pone en pie, sonriendo de oreja a oreja.

—Llamaré a la aerolínea para que nos metan en el primer vuelo que salga de aquí.

Saco la tarjeta de Adrian de mi bolsillo y la deslizo entre mis dedos, pensativa. —Yo me voy a quedar, papá.

Se le cae la cara al suelo. —¿Estás loca? Te intoxicarás con la comida. Te *matarán*. ¿Quieres quedarte *aquí*?

—*Aquí* no —digo, respirando hondo—. Yo... conocí a alguien en el avión. Me invitó a pasar la semana en The Aurelia con él.

Mi padre parece aún más preocupado ahora, pero me mantengo firme. Me quedo.

Lo primero que hago es escribirle a Adrian.

Se ha cancelado la boda.

Siento un subidón de adrenalina recorriéndome el cuerpo cuando veo aparecer la burbuja con los tres puntos.

¿Tan pronto?

En realidad, ha durado más de lo que pensábamos, jaja.

Ven a quedarte conmigo.

Apenas nos conocemos...

Sé todo lo que necesito saber. Quédate conmigo.

¿Cómo llegaría siquiera hasta allí?

Enviaré un coche a buscarte. Estará allí en diez minutos.

¿Estás seguro de eso?

Más que de cualquier otra cosa.

¿De verdad puedo hacer esto? ¿Puedo pasar una semana con un hombre misterioso que acabo de conocer?

Quizá debería quedarme aquí y quedar con él para cenar o algo así...

Diviso a la madre del tanga haciendo cola en el bufé mientras sus hijos cogen comida con las manos desnudas. Se rasca el trasero al aire con las pinzas de servir y tomo mi decisión.

Vale. Iré.

CAPÍTULO CUATRO

Maya

El coche oficial se desliza silenciosamente hasta detenerse bajo un arco de piedra blanca con letras doradas grabadas: *The Aurelia*.

Se me corta la respiración.

Todo es tan hermoso. Nunca he visto un lugar así, ni siquiera en las películas. Es el culmen del lujo.

El chófer me abre la puerta y salgo mientras la luz dorada del sol me baña el rostro sonriente. Las palmeras se mecen sobre mi cabeza. Unas fuentes ornamentadas centellean bajo el sol. Todo está impecable. Las escaleras de mármol color crema con incrustaciones doradas están tan limpias que se podría comer en ellas, y no hay ni rastro de multitudes sudorosas y malhumoradas. Todo lo que veo son empleados sonrientes y de aspecto cuidado que visten uniformes impecables sin una sola arruga.

Y aquí huele tan bien. El aire huele a sal y a dinero; fresco, limpio y caro.

Un hombre vestido con un nítido lino blanco baja las escaleras a toda prisa y me saluda con una cálida sonrisa. —Bienvenida a The Aurelia, señorita Howard.

Madre. Mía. *Saben mi nombre*.

En el momento en que mis sandalias tocan el camino de mármol, aparecen más asistentes. Un botones que parece que podría pluriemplearse como modelo se lleva mi maleta a toda velocidad y desaparece con ella.

—Eh, yo... —balbuceo, tartamudeando mientras lo veo irse. Si alguien te cogía la maleta en el complejo anterior, no volvías a verla.

—Estará en su habitación, señorita Howard —dice el asistente—. Por favor, deje todas sus preocupaciones en la puerta. Atenderemos todas sus necesidades.

—Oh —digo cuando alguien más aparece a mi lado y me entrega una bebida frutal en un vaso largo. Dios mío, está *deliciosa*. Lima, menta y un toque de coco. Puede que sea lo mejor que he probado en mi vida.

Llega otra señora sonriente y me pone un collar de flores alrededor del cuello. Está hecho de flores de verdad y huelen de maravilla. Los pétalos rozan mi piel, delicados y frescos, desprendiendo un aroma tan embriagador que no puedo dejar de sonreír.

Otra chica me pone una pulsera con una concha preciosa. —La tarjeta llave de su habitación —dice.

—Oh —digo, preguntándome si me la podré quedar. Parece algo que venderían en una joyería de lujo.

—Mi nombre es Jericho —dice el hombre que me saludó inicialmente—. Soy el gerente de The Aurelia y mi trabajo, no, mi deber, es conseguirle cualquier cosa que desee.

Lo que deseo ahora mismo es una ducha caliente y ver al misterioso hombre que ha hecho todo esto posible.

—Si me lo permite —dice Jericho, girándose y guiándome hacia el interior del hotel con la palma de la mano abierta—, le mostraré su habitación y la del señor Drake.

Rebusco torpemente en mi bolso para darle una propina al chófer. Él retrocede, agitando la mano cortésmente cuando le ofrezco cinco pavos. —El señor Drake ya se ha encargado de ello —dice.

—Ah, vale —digo, un poco temblorosa e insegura mientras vuelvo a meter el dinero en el bolso y subo las escaleras de mármol. No

estoy acostumbrada a este nivel de servicio. Ni de lujo. Todo es tan bonito.

Cuando llegamos a lo alto de las escaleras, el vestíbulo se abre ante mí como un sueño extravagante: columnas blancas, techos altísimos, vegetación exuberante brotando de cada rincón. Más allá, el resplandeciente océano turquesa se muestra en todo su esplendor. Casi no parece real.

Y esa playa. ¡Caramba! Arena blanca como el *polvo*. Meter la mano en ella debe de ser como meterla en un saco de harina.

Lo más increíble es que no hay multitudes. Ni filas y filas de tumbonas apretadas. Ni niños salvajes sin supervisión corriendo de un lado a otro y lanzándote arena a la cara. Nadie poniendo música estridente en sus altavoces de mala muerte. Ningún DJ gritando por un micrófono.

Es solo playa... arena... una brisa cálida... el suave lamer de las olas... y palmeras...

Paz total...

Las hamacas están bien separadas, ofreciendo a cada grupo la máxima privacidad. Esto va a ser *tan* agradable.

Ya noto la diferencia en mi cuerpo. Mis latidos se han ralentizado. Son constantes y tranquilos; mi estrés se aleja flotando con la suave brisa.

—Se alojarán en la Suite Empire —explica Jericho mientras pasamos junto a todo el personal sonriente—. Es nuestra habitación más lujosa. Le resultará difícil encontrar una suite mejor en todo el mundo. Apostaría mi estelar reputación en ello.

Me enseña el complejo de camino a mi habitación. Hay tres restaurantes, cada uno más impresionante que el anterior.

—Si necesita *cualquier cosa* —insiste Jericho mientras me entrega una tarjeta de visita—. De día o de noche, le atenderé.

—¿Es que no duerme? —pregunto con una risa.

Él niega con la cabeza, sin compartir mi diversión. —Faltaría a mi propia boda si a uno de nuestros huéspedes le faltara algo.

No creo que llegue a tener una boda si su dedicación a los huéspedes va por delante de su futura esposa, pero no digo nada de eso.

Estoy asomando la cabeza por el spa, maravillándome de lo bonito que es, cuando Jericho dice algo que me hace estallar en escalofríos.

—Ah, aquí viene el señor Drake.

Saco la cabeza rápidamente y jadeo al verlo caminar por el pasillo, moviéndose con la gracia y la letalidad de una pantera.

Vaya. Qué hombre.

Aquí sí. Aquí es donde Adrian encaja. Un multimillonario en su hábitat natural.

Mis ojos se vuelven voraces mientras contemplo la impresionante estampa de él caminando hacia mí. Lleva unos pantalones de lino con una sencilla camiseta blanca, chanclas y unas gafas de sol azules sobre la cabeza.

Esto es el paraíso...

—Bienvenida a The Aurelia —dice, y esos ojos de un azul brillante me provocan un hormigueo—. Me hace mucha ilusión que estés aquí.

Me quedo sin aliento cuando pone su mano en mi cadera y me besa en la mejilla. Huele tan bien. A lavanda y sándalo. Solo quiero apoyarme contra su cuerpo, poner mi mejilla sobre esa camiseta suave y respirar su aroma.

—Yo me encargo a partir de aquí, Jericho —le dice al gerente.

—Muy bien —dice Jericho, dedicándome una última sonrisa—. Disfrute de su estancia, señorita Howard. Es un placer tenerla en The Aurelia.

—Gracias, Jericho —susurro mientras se marcha.

El aire se carga de electricidad en cuanto nos quedamos solos. Miro a este hombre tan guapo y me pregunto si esto está pasando de verdad. ¿De verdad voy a pasar una semana con un extraño?

Pero entonces me dedica esa cálida sonrisa y al instante me siento a gusto.

No es un extraño. Conocí a Adrian lo suficiente en el avión como para saber que esta será una semana que nunca olvidaré.

—¿Así que no hay boda? —pregunta él.

Niego con la cabeza y me río, un poco avergonzada por mi caótica familia. —Nada de boda. Resulta que el amor verdadero no

ha podido sobrevivir a unas cuantas cervezas calientes y a un largo viaje en avión.

—No puedo decir que me sienta decepcionado —dice con esa sonrisa lenta y segura que siempre me cortocircuita el cerebro—. Por desgracia, el mundo no tendrá mini-Taints correteando por ahí, pero si eso significa que te tengo para mí toda la semana, acepto el trato.

—Ten cuidado con lo que deseas, señor Drake —le digo en tono pícaro—. ¿Estás seguro de que podrás conmigo una semana entera?

—Ya no estoy seguro de nada —dice, mirándome con un sentimiento de asombro en sus brillantes ojos azules—, pero estoy deseando averiguarlo.

Me coge de la mano y empezamos a caminar por el pasillo. Lanzo una mirada al mármol resplandeciente, a la vista del océano, al silencioso rumor de la perfección. Si no podemos lograrlo aquí en el paraíso, no tenemos esperanza en ningún otro sitio.

Pasamos junto a una de las piscinas y me quedo mirando asombrada cómo la raza humana puede construir algo tan espectacular. El agua cristalina (¡y sin tiritas!) parece invitarme. Solo quiero deslizarme en ella con la ropa puesta y sentir el agua fresca lavando el sudor y la suciedad de mi cara.

—Esto es una mejora considerable respecto a la piscina del Breezy Winds —digo con una carcajada.

—¿Tan mala era?

Exhalo larga y profundamente al recordar la deprimente escena. —Tan mala —digo con un escalofrío. Se lo cuento todo mientras seguimos caminando. Hasta sus risas son sexis. Me hacen sentir mareada y trémula.

—No te preocupes —dice mientras pasamos por delante de una magnífica escultura abstracta de figuras entrelazadas que domina un espectacular estanque de carpas koi—. Tenemos nuestra propia piscina en la suite.

Me detengo y lo miro con asombro. —¿Tenemos nuestra propia piscina?

—Dos —dice con una sonrisa—. Y un jacuzzi.

—Madre mía —digo, incapaz de creer mi suerte—. ¿Es este lugar el cielo?

Él se acerca lentamente a mí, me acaricia la mandíbula con la mano y se inclina. —Maya —susurra sobre mi boca, y su cálido aliento a menta me hace cosquillas en los labios—, cualquier lugar contigo es el cielo.

Gimo cuando me besa, robándome el aire de los pulmones, con lentitud y profundidad, hasta que no puedo distinguir dónde termino yo y dónde empieza él. Cuando finalmente se aparta, se lame los labios con un gemido ahogado, como si estuviera saboreando el gusto de algo que nunca le saciará.

—Ven —dice, apretándome la mano—. Estoy deseando enseñártelo.

La Suite Empire está apartada en los confines del hotel para ofrecer una privacidad absoluta. Es más una villa independiente que una habitación de hotel, con puertas dobles de madera maciza talladas a la perfección con intrincadas olas doradas que brillan cuando les da la luz.

—¿Lista? —pregunta Adrian con una sonrisa mientras presiona su pulsera de concha contra el panel y la puerta se desbloquea.

Niego con la cabeza, sin saber qué esperar. —No creo estar preparada para lo que hay detrás de esas puertas.

—Lista o no —dice mientras empuja la pesada puerta para abrirla —. Aquí estás.

Entro y me quedo petrificada. Se me cae la boca. El bolso se me resbala del hombro y aterriza con un golpe seco en el reluciente suelo de mármol.

—Esto no es una habitación —digo lentamente—. Es un código postal entero.

Adrian se ríe entre dientes a mis espaldas, claramente divertido mientras observa cómo lo asimilo todo.

Hay mármol por todas partes: cálido, cremoso y pulido a la perfección. El salón por sí solo es más grande que todo mi apartamento. Hay un enorme sofá curvo tan inmaculado que parece que nunca nadie se haya sentado en él, frente a una pared de cristal que se abre al océano. Desde aquí puedo ver las olas lentas y acogedoras rompiendo en la playa de arena blanca.

—¿Esa es... —Señalo hacia las puertas del patio—. ¿Esa es nuestra piscina?

—Esa es la pequeña —dice él, sonriendo al ver mi cara de asombro.

—¡¿Esa es la *pequeña*?!

Salgo a la terraza, todavía conmocionada. Hay una piscina infinita que parece estar conectada con el océano, y a un lado hay una piscina serpenteante más grande que empieza en lo que debe de ser la terraza del dormitorio principal y rodea la villa hasta perderse de vista. Hay palmeras preciosas por todas partes a nuestro alrededor, alzándose hacia el cielo azul despejado, y un gran jacuzzi bajo una enorme pérgola. Inmediatamente me imagino allí dentro con Adrian haciendo todo tipo de cosas para las que se necesita un lugar privado como este.

—Esa es nuestra playa —dice él, señalando el largo tramo de arena blanca apartada entre dos zonas rocosas—. Es privada. Ni siquiera se puede ver desde la playa principal. Nadie más pone un pie allí excepto nosotros.

Trago saliva, sin saber qué decir. Todo esto es tan... inesperado. No solo la preciosa habitación y el hotel, sino él. Adrian. Siento una conexión tan fuerte e intensa con él y todo me viene de golpe.

Me giro hacia él, con los ojos un poco llorosos. —Creo que voy a llorar.

Él sonríe con esa mirada cálida y posesiva en sus ojos. —Espera a ver el dormitorio principal. Te quedarás sollozando en el suelo.

Me río, a medias porque creo que está bromeando y a medias porque no estoy segura de que lo esté.

Me coge de la mano y me guía de vuelta al interior de la suite, por un corto pasillo flanqueado por una luz suave y obras de arte que probablemente deberían estar en algún museo. Intento asimilarlo todo, pero hay mucho que ver y experimentar. Hasta el aire es irreal. Huele a vainilla y a sal, como si el aire del océano se hubiera engalanado con su mejor perfume y se hubiera quedado a vivir aquí.

Adrian tenía razón. El dormitorio sí que me hace saltar las lágrimas.

La cama es enorme, con un dosel vaporoso que se agita con la suave brisa que entra por las puertas abiertas. La vista más allá de la cama no es más que azul: la piscina, el mar, el cielo, todo mezclándose en una larga invitación a no marcharse jamás.

Se me escapa una sola palabra: —*Guau*.

Adrian entra en la habitación y se sienta en la cama, con esos ojos hambrientos clavados en mí mientras contemplo las vistas. Veo mi maleta en la esquina y me pregunto si compartiré esta habitación con él. He visto unos cuantos dormitorios más por el camino, pero ¿cuál es exactamente el plan aquí?

¿Qué espera él?

En realidad, nunca he... *estado* con un hombre antes. Tengo veinticuatro años, pero nunca ha sucedido.

Simplemente, nunca me pareció el momento adecuado.

Vi a mi prima Leah, que es un año mayor que yo, saltar de la cama de un novio impresentable a otro y enseguida me di cuenta de que yo no quería eso. Quería sentir romance, pasión, deseo y lujuria. Quería a alguien que me dejara sin aliento y que se lo *ganara*.

Supongo que lo que quería era... *¿esto?*

Los nervios empiezan a aflorar al darme cuenta de en qué me he metido. Los multimillonarios no suelen invitar a cenar y a todo lujo a mujeres jóvenes durante una semana sin esperar nada a cambio.

No paro de tener pensamientos impuros sobre este hombre, pero ¿quiero algo más? ¿Estoy lista para dárselo todo?

—¿Cómo va a ser la distribución para dormir? —pregunto nerviosa. Retrocedo un paso mientras me muerdo el labio inferior.

Él se levanta lentamente; esos fascinantes ojos azules parecen poder hipnotizarme si él quisiera. —Eso lo averiguaremos más tarde —dice con una voz profunda y ronca—. Dormirás donde tú quieras. Sin presiones.

—Gracias —digo suavemente, entrelazando las manos.

—¿Qué te parece si te pones el bañador, pido que traigan unas bebidas a la piscina y vamos a echar un vistazo a esa playa?

—Me parece perfecto —digo mientras miro el impresionante paisaje.

Adrian coge mi maleta y la sube a la cama por mí. Me dedica una última mirada arrebatadoramente sexi antes de salir, cerrando la puerta tras de sí.

Es todo un caballero, cerrando la puerta y levantando mi pesada maleta para que yo no tenga que hacerlo.

Al instante me siento mejor y más tranquila. Ha dicho que puedo elegir la cama que quiera, pero no puedo dejar de pensar en deslizarme entre estas sábanas con él y sentir sus cálidos y posesivos brazos rodeándome. Pienso en tener su peso presionándome contra el colchón, su piel deslizándose sobre la mía, su boca por todo mi cuerpo... Me pongo toda acalorada y ansiosa ahí abajo, así que cierro los ojos con fuerza e intento apartar esos pensamientos sucios de mi cabeza antes de meterme en problemas.

—Basta ya —susurro mientras abro la maleta y cojo mis bañadores.

¿Debería ponerme el conservador, el normalito o el atrevido?

Casi no hay debate.

Cojo el atrevido y me lo pongo.

CAPÍTULO CINCO

Adrian

Mi corazón se pone a mil por hora cuando veo a Maya salir de la habitación pavoneándose con un diminuto bikini blanco. Lleva un pareo transparente anudado a la cintura y esas caderas deliciosas me están provocando palpitaciones. Su piel impecable brilla por el protector solar que acaba de embadurnarse.

—*Dios* —susurro mientras me paso la mano por la mandíbula sombreada por la barba de un par de días—. Eso sí que son unas vistas.

—Las vistas están detrás de ti —dice ella con una sonrisa burlona. Sus adorables mejillas se sonrojan, pero menea aún más las caderas al pasar por mi lado hacia la puerta.

—¿Vienes? —pregunta, arqueando una ceja.

Sonrío y me quito la camiseta de un solo movimiento fluido, lanzándola sobre una silla. —Sin duda alguna.

Sus ojos se agrandan un poco y contiene el aliento mientras sus hermosos ojos color miel recorren mis hombros, mi pecho y mi abdomen.

—¿He mencionado que nuestra playa es nudista?

Me lanza una mirada afilada por encima del hombro mientras abre la puerta corredera de cristal. —¿Tengo cara de haber nacido

ayer, Sr. Drake?

Me encojo de hombros y le devuelvo una sonrisa pícara. —No se puede culpar a un hombre por intentarlo. ¿Cuándo naciste?

Sé que soy mayor que ella, pero la edad no es más que un número. Los años no importan cuando se trata de lo que dos personas sienten la una por la otra.

—Tengo veinticuatro años —dice mientras salimos y bajamos hacia la playa. De camino, mete un dedo del pie en la piscina—. ¿Es demasiado joven para ti? ¿O demasiado mayor?

Ignoro su sonrisa coqueta. —Yo diría que es la edad ideal. ¿Soy demasiado viejo para ti? Tengo...

—Cuarenta y dos —dice ella—. Te he buscado en Google.

—¿Y qué más has encontrado?

—Mucho.

Llegamos a la playa y tengo que contenerme para no quedarme embobado mirando sus pechos, que botan sobre la arena irregular. Me cuesta toda mi concentración no quedarme mirándola boquiabierto y con asombro.

——He descubierto que eres alguien bastante importante —dice, protegiéndose los ojos del sol mientras caminamos hacia el agua—. En plan, un pez gordo multimillonario, con todas las letras.

Sonrío—. No te creas todo lo que leas en internet. La mitad es inventada.

Ella entorna los ojos—. ¿¿O sea que no inventaste un sistema de cifrado de grado gubernamental?

—Ah. —Miro hacia el horizonte. —Has llegado a esa parte.

Me da un codazo—. No es algo que pase desapercibido. El artículo hacía que parecieras una especie de genio tecnológico misterioso y único en su especie. ¿Cómo lo puso el periodista? Una mezcla entre Tony Stark y Steve Jobs con un toque de Brad Pitt.

—Era George Clooney.

—Exacto —dice ella, chasqueando los dedos—. George Clooney. Pero, ¿qué significa exactamente «cifrado de grado gubernamental»?

Me pregunto cuánto debería contarle. A veces me pongo demasiado técnico y a la gente se le queda la mirada perdida

mientras me voy por las ramas. Noto que es rápida e inteligente, así que le doy la explicación de nivel medio.

—Significa que creé el software que mantiene seguras las líneas de comunicación del gobierno. Pueden hablar por internet sin que el resto del mundo les cotillee.

—Vaya —susurra, mientras sus ojos suben hasta mi frente—. Pues debes de tener un cerebro bien grande ahí dentro. Estoy impresionada.

—Ahí arriba no hay más que líneas de código —digo con una sonrisa y un encogimiento de hombros. Pero todo eso se está viendo desplazado rápidamente para dejar espacio a mi nueva obsesión. No puedo dejar de pensar en esta chica.

He tenido a muchísimas mujeres lanzándose a mis pies, de todo tipo y de todas partes, pero ninguna ha encendido algo en mi interior como lo ha hecho Maya. Puedo ver su calidez. Su humor. Su lealtad. Me veo casándome con ella. Ya me estoy imaginando el anillo que voy a comprarle.

—Eres demasiado modesto —dice, deteniéndose para recoger una concha. Le da vueltas entre los dedos, observándola mientras yo la observo a ella—. Creo que es increíble lo que has logrado. Pero solo quiero que sepas...

—¿Qué? —digo en voz baja, instándola a que diga lo que tiene en mente.

Suspira mientras levanta la vista de la concha y me atraviesa con esa mirada devastadora. Siento que me sacude hasta la médula y se apodera de mí.

—Solo quiero que sepas —repite—. Que *eso* no es el motivo por el que estoy aquí.

—¿Estás intentando decir que no eres una cazafortunas?

—No lo soy —dice con firmeza—. Eso *nunca* me ha importado. Si estoy con una persona, estoy con la persona. No tiene nada que ver con lo que haya en su cuenta bancaria.

—Menos mal, porque tengo como cuarenta cuentas bancarias en doce países diferentes —digo soltando una carcajada.

Ella pone los ojos en blanco y me da un golpe juguetón en el hombro—. Ya sabes a qué me refiero.

—Lo sé —digo, dando un paso adelante y acortando la distancia entre nosotros. Sus ojos bajan hasta mi boca cuando la tomo entre mis brazos y me inclino lentamente para besarla—. Sea cual sea el motivo, me alegra que estés aquí.

Mi palma abierta se desliza por su cálida zona lumbar mientras la beso de forma pausada y constante, profunda y apasionada. Su mano se curva contra mi pecho mientras la atraigo más hacia mí, besándola con más fuerza. Tiene un sabor tan malditamente bueno. No me canso de ella. Abre más la boca, deslizando su lengua contra la mía. La desesperación y la intensidad aumentan con cada segundo ardiente que pasamos con los labios unidos.

Incluso las olas cobran fuerza, llegando más potentes y rápidas, como si el planeta nos estuviera animando y sintiera nuestra pasión. Es increíble. Sabe a sal y a sol, algo dulce y embriagador a la vez.

Sus dedos rozan mi nuca y todos los nervios de mi cuerpo se encienden. La estrecho contra mí hasta que no queda espacio entre nosotros; solo sus curvas, sus pechos suaves apretados contra mí, el leve gemido que deja escapar cuando mi lengua roza la suya.

Estoy duro como una piedra y ella lo sabe. Mi erección es imposible de ocultar.

La oigo gemir cuando presiona su vientre contra ella, provocándome, *matándome*. Excitándome como nunca antes nadie lo había hecho.

Una brisa acaricia nuestra piel cálida y sudorosa, lanzando mechones de su pelo contra mi cara, y ella se ríe contra mi boca. Esa risa preciosa me desarma; es pura, alegre, el sonido de todo lo que no sabía que me faltaba.

Hago el beso más profundo, lento y hambriento, sintiendo cómo el mundo se inclina a nuestro alrededor. Las olas suben más, el agua rodeando nuestros tobillos, fresca contra el calor de nuestra piel.

—¡Las bebidas! —grita alguien a lo lejos.

Suspiro cuando Maya se separa de mí como si la acabaran de pillar haciendo algo malo. Tiene el rostro encendido y el pelo con un aspecto salvaje y eléctrico por la brisa. Vislumbro sus pezones endurecidos empujando contra la parte de arriba del bikini y casi me desmayo.

Mi chica me lanza una miradita sexy y luego corre hacia el agua, salpicando y riendo antes de zambullirse en el océano turquesa.

—¿Dónde las dejo? —pregunta el camarero.

Me entran ganas de decirle por dónde se las puede meter, pero suspiro y señalo hacia la piscina—. En la barra —respondo en voz alta.

Prepara los cócteles y la botella de champán en la barra mientras mi polla me late con una fuerza que duele.

—¿Desea algo más? —pregunta.

—Privacidad —le corto—. No quiero que vuelva nadie a menos que avisemos.

—Entendido —dice con una inclinación.

Mantengo los ojos fijos en Maya mientras él se marcha. Ella está nadando en el mar, sumergiéndose bajo las suaves olas y disfrutando del agua cálida y cristalina.

Finalmente, el camarero desaparece y volvemos a estar solos.

Me siento como un tiburón mientras camino hacia el agua, con mis ojos voraces clavados en mi chica.

La deseo.

Cada centímetro de ella.

Quiero devorarla entera.

Y hacer que grite de éxtasis mientras lo hago.

—¿Son tus padres? —pregunto cuando a Maya le llega un mensaje al móvil.

—Sí —dice ella mientras responde con otro mensaje—. Ya han cogido el avión de vuelta. Todo el mundo lo ha hecho. Bueno, excepto el novio y sus colegas. Probablemente estén en el complejo emborrachándose y tirándole los trastos a cualquier chica.

Me alegro mucho de que ella no esté allí. La quiero justo donde pueda verla. Justo donde sé que está a salvo.

Este lado posesivo mío es inesperado y chocante. No me había dado cuenta de que sería tan primario como un cavernícola cuando

se tratara de mi alma gemela. Pero al mismo tiempo, me resulta muy natural. ¿Cómo no voy a estar obsesionado con mantener a mi chica segura?

Estamos tumbados en las hamacas de nuestra playa privada, con media jarra de mojitos ya terminada. El hielo se ha derretido en el cubo, pero la bebida sigue estando fresca y es gratificante beberla.

—Bueno —dice ella mientras se incorpora y mira a su alrededor —. Dijiste que esta era una playa nudista, ¿verdad?

Trago saliva con dificultad mientras la miro fijamente, sin querer hacer nada que la asuste y la aleje de esa línea de pensamiento que lleva.

—Eso ponía en la página web —miento.

Se muerde el labio inferior mientras vuelve a mirar alrededor, con las mejillas totalmente rosadas. Mi polla se pone larga y dura mientras ella lleva las manos al nudo de su nuca—. No quiero saltarme ninguna regla...

Se me corta la respiración mientras la observo deshacer lentamente el nudo, soltándose la parte de arriba del bikini.

Me cago en la leche...

Se lo quita y esos deliciosos pechos redondos caen libres, naturales y espectaculares. Son más impresionantes que cualquier cosa en esta isla. Más impresionantes que nada de lo que haya visto antes.

—Ven aquí —le digo, haciéndole un gesto para que se acerque. No puedo estar separado de esta chica ni un segundo más. La quiero sobre mí.

Su rostro se queda serio mientras se levanta, con esas tetas preciosas balanceándose libres, y se acerca a mi hamaca. Se sienta a mi lado, la agarro por la nuca con la mano y atraigo su boca hacia la mía.

Gime y solloza contra mi boca mientras palpo sus pechos desnudos, apretándolos y masajeándolos mientras mi polla endurecida me duele.

Toca mis abdominales con mano tímida, pero se vuelve más audaz y confiada a medida que explora mi cuerpo, recorriendo mi pecho, mis hombros y mis brazos musculosos.

—*Sí* —susurro contra sus labios mientras ella baja la mano por la cinturilla de mi bañador. Desliza la punta de un dedo bajo la tela y luego otro, y otro más. Mi corazón late con fuerza mientras se introducen más, rozando con sus yemas el glande de mi polla, provocándome.

—Agárrala —le ordeno con tono dominante—. Cierra el puño alrededor de mi polla, dulzura. Quiero que sientas lo duro que me pones.

Me besa con más profundidad, metiéndome la lengua en la boca mientras mete la mano y agarra mi miembro firme. Todo mi cuerpo cobra vida mientras sujeta mi polla dura con fuerza, apretándola como si no fuera a soltarla nunca.

Me bajo el bañador por mis muslos musculosos mientras ella empieza a masturbarme. ¿Cómo puede una sola mano hacer que se me pongan los ojos en blanco? No lo sé, pero ella lo está logrando.

Separa su boca de la mía y deja escapar un gemido de desamparo al ver mi tamaño.

—¿Cómo sientes mi polla en tu mano, dulzura?

Traga saliva mientras se la queda mirando, con la mano subiendo y bajando por toda mi longitud en un movimiento rítmico y fluido—. Es tan grande —susurra ella, con la voz ronca y cargada de necesidad.

—Escupe en tu palma —le ordeno—. Hazlo por mí.

Suelta mi miembro, escupe en su mano e inmediatamente agarra mi polla de nuevo, masturbándome con su saliva.

Es una sensación increíble. No me esperaba esto. Es que no podemos quitarnos las manos de encima. Es como si finalmente nos hubiéramos encontrado tras una vida entera de espera y no quisiéramos desperdiciar ni un segundo.

Aparece una gota de líquido preseminal y ella jadea al verla, sin dejar de mover su mano cerrada arriba y abajo por mi tronco.

—Puedes probarla, dulzura —gruño—. Envuélveme la polla con tus labios y pruébame.

Toma aire y se inclina, con su pelo haciéndome cosquillas en el abdomen y sus pechos apretando contra mis muslos. Deslizo la

mano por su columna curvada hasta su culo, acariciando sus nalgas cálidas mientras empieza a chupar mi polla.

Echo la cabeza hacia atrás. Cierro los ojos. Gimo de euforia al sentir su boca cálida cubriéndome. Esos labios suaves me envuelven con firmeza mientras mueve la cabeza arriba y abajo, con la mano cerrada alrededor de mi base gruesa.

Me obligo a abrir los ojos, sin querer perderme ni un segundo de esto, y le retiro el pelo ambarino hacia atrás para ver el espectáculo. Es tan impresionante. Tan sexy. Nunca había visto algo tan hermoso.

Se me hace la boca agua mientras mis ojos hambrientos recorren todo su cuerpo. Sus pezones duros rozan y rebotan contra mis muslos mientras mueve la boca por mi polla. Cada rincón de esta chica me excita. Sus hombros delgados, su espalda sexy, sus brazos y su culo y sus adorables dedos de los pies. Quiero saborearlo todo. Pero hay una parte que *necesito* saborear. Ahora mismo.

—Así mismo —gruño mientras la agarro por las caderas—. No pares, dulzura.

Levanto su parte inferior y la coloco sobre mí de modo que sus piernas queden a horcajadas sobre mi cabeza. Su coño queda expuesto frente a mi cara, con solo una estrecha tira de la braguita del bikini cubriéndolo. Es lo único que impide que mi boca hambrienta la devore.

—*Oh, sí* —susurro mientras deslizo lentamente un dedo por dentro de su bañador, sintiendo su coño suave y empapado debajo. Ella gime al sentir mi contacto, pero no deja de chupar mi polla. No se da la vuelta. Simplemente me deja hacerle lo que quiera, confiando plenamente en mí.

Mi corazón late con fuerza mientras aparto la tela hacia un lado, revelando su coño suave y sedoso.

—Maldita sea —suelto con voz entrecortada mientras la contemplo con asombro. Se me hace la boca agua al oler su aroma embriagador. Es tan rosada. Tan hermosa. Tan jodidamente *tentadora*.

Gime y solloza, pero no se oculta de mí. Deja que mis ojos se den un festín con su coño abierto mientras ella me la chupa y me masturba.

—Malditamente precioso —susurro mientras miro su ardiente coñito. Reluce por la excitación. Está *rogando* ser devorado.

Con un gruñido posesivo, rodeo sus muslos con mis brazos, manteniéndola en el sitio mientras pego mi boca voraz a ella. Suelta un grito cuando entierro mi lengua en su húmedo calor, saboreando su dulzura, robándole la inocencia.

Sabe tan bien. Su flujo me empapa la boca y me gotea por la barbilla mientras deslizo la lengua por su hendidura húmeda y provoco su entrada. Muevo la lengua en zigzag hacia abajo y recorro la base de su clítoris, haciendo que gima aún más fuerte.

No tengo suficiente. Soy como un animal implacable mientras le como el coño, sin dejar rincón sin tocar.

Se frota contra mi cara mientras le agarro el culo, disfrutando de cada segundo de esto. Mientras tanto, ella sigue chupándomela, moviendo las manos y esa boca suave y dulce arriba y abajo por mi miembro duro como el acero.

Pensaba que el hotel Aurelia era el paraíso, pero *esto* es el auténtico paraíso. Ya no necesitamos un complejo de lujo para estar en el paraíso. Solo nos necesitamos el uno al otro. Nuestras manos y bocas y lenguas moviéndose y trabajando, amando y provocando. Prefiero esto a la Suite Empire cualquier día.

—*Oh, Adrian* —gime ella cuando le succiono el clítoris—. *Oh*, vas a hacer que me *corra*.

Mis brazos se tensan alrededor de sus muslos, mi boca trabaja con más fuerza y rapidez, ansioso por hacer que este precioso coñito se corra. Succiono, lamo y meto en mi boca todo lo que puedo de ella mientras ella menea las caderas y presiona su coño contra mi boca, acercándose más y más al clímax.

Introduzco dos dedos en su agujero estrecho y cálido, me aferro a su clítoris y succiono sin piedad hasta que ella estalla sobre mí con un grito de euforia que le hace encoger los dedos de los pies.

Mantengo mi boca pegada a ella, trabajando y moviéndome para exprimir cada gota de su placer mientras se corre. Sus gritos se convierten en gemidos mientras se sacude y tiembla encima de mí, con la respiración entrecortada y rápida, con expresión de estar preguntándose qué acaba de pasarle.

—Dios mío —susurra, todavía aferrada a mi polla—. Dios mío, Adrian.

Le agarro las nalgas y le doy unas cuantas lameduras suaves y lentas a su coño, gimiendo por su sabor sensual.

Se sacude para salir del trance en el que se encuentra y se lanza de nuevo a por mi polla con furia, chupándola con fuerza y rapidez como si estuviera desesperada por hacerme correr.

Esa mano cerrada sigue moviéndose arriba y abajo por mi tronco carnoso mientras pasa la lengua alrededor del glande y me introduce profundamente.

Unos gruñidos intensos y primarios escapan de mi garganta mientras el placer me consume. Qué bien se siente. Es lo único en lo que puedo concentrarme. Esos labios... Esas manos... Esa lengüita deliciosa...

Arqueo la espalda y suelto un *rugido* mientras me corro con *fuerza*.

Fuertes oleadas de semen caliente salen disparadas de mi polla hacia su boca, cubriéndole la lengua, la garganta y los labios.

Gime mientras recibe cada gota, tragándoselas tan rápido como yo se las doy.

—Eso es —gruño mientras su mano se mueve por mi miembro—. Tómalo todo, dulzura. Trágatelo.

Mi corazón martillea en mi pecho. No puedo creer que esto esté pasando. No puedo creer que mi vida haya cambiado tan drásticamente en un solo día.

He tenido muchos días significativos en mi vida. El día que fundé mi empresa. El día que la vendí. El día que me convertí en multimillonario. El día en que me nombraron el hombre más influyente de menos de treinta años.

Pero este día...

Joder, este día no lo olvidaré jamás.

Será el día en que piense cuando esté en mi lecho de muerte. El día por el que estaré más agradecido.

El día que conocí a Maya.

El día que conocí a mi alma gemela.

El día que lo cambió *todo*.

CAPÍTULO SEIS

Maya

—Este le quedaría *magnifique* —dice Sabine mientras sostiene un vestido azul brillante. Es más glamuroso que cualquier cosa que me haya puesto en la vida. Nada de mi armario se le acerca ni de lejos.

Me da vueltas la cabeza mientras ella lo apoya sobre la cama y saca otro precioso vestido plateado del perchero.

No estoy segura de adónde ha ido Adrian, pero se ha mostrado muy reservado al respecto. Algo me dice que está preparando algo especial para esta noche.

Acabamos de volver de un día maravilloso en la playa, nadando, tomando el sol y… otras cosas. Y Adrian me tenía preparada esta sorpresa.

Sabine es la estilista de The Aurelia y ha llegado con un burro lleno de vestidos preciosos de mi talla. Hablo de diseñadores exclusivos de Milán, París, Florencia y Londres. No sé quiénes son la mitad, pero Sabine me ha asegurado que son los mejores del mundo. Por el lujo de las telas y la delicadeza de la confección, me lo creo. Me siento un poco fuera de lugar probándomelos. Parecen dignos de una reina o una princesa, y aquí estoy yo, poniéndomelos sobre mi piel quemada por el sol.

—Pruébese este —dice, sacando del perchero un elegante vestido rojo.

Doy un paso adelante, sintiendo un hormigueo por todo el cuerpo mientras lo observo con el corazón acelerado. Es este. Es el elegido.

—Me encanta —susurro mientras lo cojo con cuidado de sus manos y lo miro de cerca.

La tela es suavísima, pero a la vez tiene peso y se siente fresca bajo mis dedos. Es ese tipo de rojo que hace que la gente se gire. De ese sobre el que se escriben canciones. Es el tipo de vestido capaz de hacer que cualquier hombre, incluso un multimillonario, se enamore de ti.

—Diseño de Carmina Voss, de Milán —dice Sabine, inspeccionando el vestido como si fuera una obra de arte—. Charmeuse de seda cosido a mano, teñido por encargo para la colección de primavera. Solo hay uno en la isla. Seguramente, el único en todo el Caribe.

Trago saliva mientras lo recorro con la mirada, sin saber qué decir. Por suerte, Sabine tiene mucho que decir.

—Un tirante fino sobre cada hombro —continúa—, el escote lo bastante pronunciado para acelerar cualquier pulso. La espalda baja de forma escandalosa. Una única abertura sube por el costado, lo suficientemente alta para ser peligrosa pero sin perder el gusto. Este vestido es una obra maestra. Algo espectacular. Está cortado al bies, diseñado para abrazar las curvas naturales del cuerpo. Engañosamente sencillo. Sin pedrería pesada. Sin estructuras extrañas. Pero gracias al corte al bies, se ciñe perfectamente a cada curva y se mueve como si fuera líquido. De diseño simple, pero de un efecto asombroso. Sexy, elegante, impresionante. El tipo de glamur sutil que destruye silenciosamente a cualquiera que esté en la sala o, en tu caso, en el yate.

—¿Yate? —pregunto, levantando la vista.

Sus ojos se abren de par en par, como si acabara de darse cuenta de que se le ha escapado un secreto. —¿He dicho eso?

—¿Vamos a cenar en un yate?

Suelta un suspiro largo y profundo mientras me mira, preguntándose si la delataré.

—No le diré a Adrian que ha dicho nada —le aseguro, y ella respira aliviada.

—*Merci*, señorita Howard. Como recompensa, me aseguraré de que luzca más espectacular de lo que jamás haya imaginado.

—Eso estaría bien —digo con el pulso a mil.

Me ayuda a ponerme el vestido y se me pone la piel de gallina al sentir el material fresco deslizándose sobre mi piel. Me abraza cada curva y me queda como si lo hubieran diseñado exclusivamente para mi cuerpo.

Cuando me giro hacia el espejo, dejo de respirar.

Es precioso. Irreal. Atrevido y atemporal. Parezco una chica Bond y eso que aún no me han peinado ni maquillado.

Por un momento, no me siento fuera de lugar aquí.

La chica del espejo se parece exactamente al tipo de mujer que debería ir del brazo de un multimillonario. El tipo de mujer que cena en yates y se aloja en suites con playa privada.

—¿Qué le parece?

Doy una vuelta, maravillada de lo bien que me queda el culo. Este vestido es de otro mundo. Podría estar encantado.

—Creo que me he enamorado —digo mientras arqueo el pie, dejando que la abertura se deslice por mi muslo—. Todos son hermosos, pero si tengo que elegir uno, me quedo con este.

Sabine parece confundida. —¿Elegir solo uno? —dice ladeando la cabeza—. *Non, non, non*. Todos estos son suyos, cortesía del señor Drake.

Me quedo boquiabierta. —*¿Qué?*

—*Oui, mademoiselle* —dice ella, asintiendo—. Los ha comprado todos para usted.

No sé ni qué decir. ¿Todos estos son míos? Debe de haber doscientos mil dólares o más en vestidos aquí.

—Ahora que ya hemos elegido el vestido para esta noche —dice, pasando a una hermosa y grande caja de madera que hay en el perchero con ruedas—, deberíamos seguir con las joyas.

—¿Joyas? —pregunto, sintiendo que voy a desfallecer.

—*Oui* —dice mientras abre la caja, revelando un surtido de collares, pulseras y pendientes. El interior brilla con diamantes, esmeraldas, gemas, oro pulido y plata. Todo es impresionante.

Me siento mareada cuando saca un collar de diamantes resplandeciente que debería estar bajo llave en el Louvre.

—¿Qué tal este? —pregunta.

Doy dos pasos atrás y me siento en la cama, demasiado aturdida para seguir en pie. —Solo necesito un segundo.

¿En qué mundo loco me he metido?

Las sorpresas no se detienen en el vestuario y las joyas. Mientras Sabine me maquilla, mi compañera de trabajo Wendy me llama y está *eufórica*.

—*Sé que estás de vacaciones* —dice con la voz acelerada—, *¡pero tenía que contártelo!*

—¿El qué?

—*Hemos recibido una donación* enorme —dice—. *Maya, es* gigantesca.

—¿De quién? —pregunto, pero incluso al decirlo, me doy cuenta de que ya sé de quién es.

—*¿Estás lista para esto?* —pregunta, sonando sin aliento—. *Diez. Millones. De dólares*.

Alejo el teléfono de mi oreja mientras ella grita.

Sabine se echa hacia atrás, mirándome de forma extraña. —¿Va todo bien? —susurra.

Asiento con la cabeza, sintiendo que todo me da vueltas. —Todo va genial.

—*¿Te lo puedes creer?* —grita Wendy—. *¡Diez millones de dólares! No tendremos que rechazar a ningún solicitante en años. Podremos expandirnos a otras ciudades. ¡Este va a ser el mejor verano de la historia!*

Alejo el teléfono de mi oreja mientras vuelve a gritar.

El corazón me late con fuerza por la emoción. Diez millones de dólares. No me lo puedo creer. Nunca hemos tenido esa cantidad de dinero. El año pasado, Wendy y yo nos dejamos la piel y solo conseguimos recaudar doscientos mil.

Esta cantidad de dinero… Dios, va a cambiar la vida de muchísimos niños.

Charlamos un poco más y luego cuelga, diciendo que va a llamar a todo el mundo que conoce para darles la buena noticia.

Estoy un poco atónita aquí sentada con el corazón a mil por hora.

—¿Continuamos? —pregunta Sabine, sosteniendo un perfilador de labios.

—Sí —respondo, apenas capaz de concentrarme—. Por favor, continúe.

Quiero estar espectacular para Adrian esta noche. Quiero que se quede boquiabierto.

Quiero que hoy sea un día que él recuerde para siempre.

Porque eso es lo que él acaba de hacer por mí.

Cuando termino de arreglarme, ni siquiera reconozco a la mujer del espejo. Parezco una estrella de cine. Parezco una versión de ensueño de mí misma.

El vestido rojo y las joyas de diamantes y el maquillaje profesional y mi pelo recogido en lo que Sabine llamó un moño bajo y pulido… Todo es tan etéreo y onírico.

Se me hace raro verme así y una parte de mí quiere quitárselo todo y ser yo misma. Si Adrian no es capaz de enamorarse de la verdadera yo, ¿acaso lo quiero a él?

Pero ya sé que este hombre ha caído rendido. Se fijó en mí cuando llevaba mis pantalones de yoga y mi vieja sudadera en el avión. Todo esto no significa nada.

Además, Sabine ha trabajado muchísimo y le rompería el corazón si me lo quitara todo ahora.

Me lo dejaré puesto y me divertiré esta noche. Haré el papel de princesa y volveré a ser yo misma por la mañana. Si al despertarme, sin maquillaje y con el pelo hecho un desastre, parece decepcionado, entonces lo sabré con seguridad.

—¿Qué le parece? —pregunta Sabine mientras se aleja y me evalúa como una artista que critica su propia obra.

—Sabine, se ha superado.

Ella sonríe. —Yo también lo creo. Estará casada para mañana por la mañana.

Me río y me pongo un poco roja. —No sé yo si *tanto*.

Pero es un pensamiento tentador. Y uno en el que me permito regodearme un poco mientras ella recoge y se marcha.

—Las joyas —digo cuando veo que se deja la caja grande.

—Eso es suyo, *mademoiselle* —dice con un guiño—. Compradas por el señor Drake.

No sé ni cómo procesar *eso*, así que vuelvo a mirarme al espejo y a admirar el impresionante vestido rojo que cuelga de mi cuerpo.

Jericho llama a mi puerta unos minutos después. Se le salen los ojos de las órbitas por un segundo al verme, pero enseguida recupera su máscara profesional y asiente: —Buenas noches, señorita Howard. Estoy aquí para escoltarla a su cena.

—¿Dónde está Adrian? —pregunto con una risa nerviosa—. ¿Voy a comer sola?

—Todo cobrará sentido en un momento —dice, ofreciéndome su brazo.

Se lo agradezco, ya que estos tacones son un poco altos. Me lleva hasta su carrito de golf y atravesamos el complejo, pasando por delante de parejas atractivas que van de camino a cenar. El sol se está poniendo y las luces alrededor del complejo brillan, dándole a todo el lugar un aire mágico.

Todo es tan grandioso y lujoso. Tan impecable y bien cuidado. Aquí no hay universitarios borrachos ni montañas de vasos vacíos. No hay familias enormes con camisetas de viaje a juego, ni toallas mojadas abandonadas en las tumbonas de la piscina, ni colas locas en un buffet abarrotado. Todo esto es puro lujo. Todos aquí deben de pertenecer al uno por ciento. Excepto yo.

Aunque, con mi nueva colección de joyas y vestidos, quizá ahora yo también. Ni siquiera quiero pensar en cuánto vale todo eso. Me van a salir ronchas de los nervios.

Jericho me lleva más allá del complejo hasta un muelle largo donde hay atracado un yate enorme, iluminado y brillante como un palacio flotante, con el agua a su alrededor centelleando con reflejos dorados.

—¿Está Jeff Bezos aquí? —pregunto riendo.

—No, pero viene de vacaciones de vez en cuando —dice Jericho. Me giro para ver si está bromeando, pero no es así. Por supuesto que no.

Conduce por el muelle y no puedo creer lo que ven mis ojos.

Al final de este, enmarcado por el sol poniente que pinta el vasto cielo con franjas de azul, púrpura, rojo y naranja, está Adrian. La brisa juguetea con su pelo, el cielo a su espalda parece estar en llamas y, por un segundo ridículo, pienso: si el hombre perfecto existiera, tendría exactamente este aspecto.

Trago saliva a medida que nos acercamos. Es tan guapo que intimida. Ningún hombre debería ser así de atractivo en la vida real.

Lleva un traje azul marino, perfectamente entallado a su silueta alta y ancha. La camisa blanca inmaculada que lleva debajo está abierta en el cuello, lo justo para dejar ver un poco de piel bronceada.

Su chaqueta está desabrochada y se le ve relajado y a gusto, pero, aun así, todo en él irradia confianza y control. Lleva un pañuelo de bolsillo blanco cuidadosamente colocado —claramente es un hombre que presta atención a los pequeños detalles— y un reloj plateado brilla en su muñeca.

Y esa mirada: sexy, posesiva, un poco peligrosa. Completa el conjunto mejor que cualquier accesorio.

Si el poder natural tuviera un código de vestimenta, sería este.

Ese traje no solo combina con mi vestido rojo: se hizo para este.

Para *nosotros*.

Para este momento exacto en el que el lujo y el deseo chocan, y él parece el hombre con el que toda mujer sueña; pero esta noche, es solo mío.

Jericho detiene el carrito de golf y Adrian se acerca para ayudarme a bajar.

—Gracias —susurro cuando me ofrece su brazo. Lo acepto, estabilizándome, mientras piso el muelle.

Me pongo erguida mientras él da un paso atrás, recorriéndome con la mirada de arriba abajo lentamente. Esa expresión en sus preciosos ojos azules… recordaré esa mirada para siempre.

—Creía que conocía la belleza antes de esta noche —dice con voz grave y ronca—. Me equivocaba. Si las estrellas tuvieran un poco de sensatez, no saldrían esta noche, porque tú las eclipsas. Estás impresionante, Maya.

—Gracias —susurro. Espero poder ser tan agraciada y elegante como este hombre merece.

Pero entonces doy dos pasos y el tacón se me encaja entre los tablones de madera y tropiezo hacia delante, a punto de caer de cabeza al océano.

Adrian me atrapa y ambos nos reímos de lo patosa que soy. Esto rompe la tensión y me recuerda que este no es un momento de película ensayado y que este hombre maravilloso no es un tipo de ensueño ficticio. Es real. Es Adrian. El hombre que puede hacer que cuatro horas en un avión pasen en un suspiro. El hombre en el que no puedo dejar de pensar. El hombre por el que estoy coladita. El hombre que bien podría ser el definitivo para mí.

Todo este decorado extra es divertido, pero tengo que recordar lo más importante. Nuestra conexión… eso no se puede comprar.

—Quizá deberíamos dejar el baño para mañana —dice con una sonrisa.

Niego con la cabeza y me río. —Probablemente sea una buena idea. ¿Hay algún chaleco salvavidas en esa cosa?

Me imagino sentada en una cena romántica con un chaleco salvavidas enorme y voluminoso cubriendo este impresionante vestido rojo y se me escapa una carcajada. Sería algo muy propio de mí.

—Tiene todo lo que puedas desear —dice, sujetando mi brazo con un poco más de firmeza—. Ven. Te lo enseñaré.

—No tenías por qué hacer todo esto —susurro mientras subo al yate. El personal está formado en fila, sonriendo y dándonos la bienvenida a bordo. Les devuelvo la sonrisa y el saludo con la cabeza.

—Los vestidos y las joyas —digo mientras entramos en una hermosa zona de estar con sofás de cuero y una barra a un lado—. Siento que no me merezco nada de esto.

—No necesitas el vestido, las joyas, el maquillaje ni nada de eso —dice con un tono profundo y sincero—. Podrías entrar llevando una camiseta y aun así me dejarías desarmado. Pero no digas que no te lo mereces, Maya. Te mereces el mundo entero. Lo que haces por esos niños. Intentar hacer del mundo un lugar mejor para ellos. Te mereces todo y más. Deja que yo haga del mundo un lugar mejor para ti. Al menos durante esta semana.

Me pongo de puntillas y le beso la mejilla. Nuestras miradas se encuentran y hay tanto fuego ardiendo entre ellas. Tanta pasión. —Gracias por la donación —le digo—. No te haces una idea de lo que significa para mí.

—¿Donación? —dice, haciéndose el despistado—. ¿Qué donación es esa?

Niego con la cabeza y sonrío mientras miro a este hombre único. —La donación *anónima*.

—¿Anónima? —dice, llamando a la camarera con la mano—. Bueno, eso podría ser cualquiera.

Simplemente lo miro maravillada mientras la camarera llega con champán. ¿Quién hace una donación de diez millones de dólares y no quiere ningún reconocimiento? Este hombre lo hace.

Coge las copas de champán de la bandeja y me entrega una.

—Salud —dice, levantando su copa—. Por una noche que lo cambie todo.

Brindaré por eso.

Choco mi copa con la suya y entonces él hace la cosa más divertida y dulce del mundo. Me aprieta la nariz mientras doy un sorbo para que no estornude por las burbujas.

—Gracias —digo, ambos riendo mientras la camarera nos mira como si estuviéramos locos. Eso solo hace que nos riamos aún más

fuerte.

Una cosa es encontrar a un hombre que te mime y te colme de regalos… Pero encontrar a un hombre que te apriete la nariz para que no estornudes…

Eso sí que es un hombre que vale la pena conservar.

CAPÍTULO SIETE

Adrian

Observo a Maya caminar por mi yate con ese arrebatador vestido rojo y casi me siento culpable por guardar toda esta belleza para mí solo. *Casi*.

Una mujer tan hermosa debería ser admirada por millones de personas. Debería estar expuesta en una alfombra roja o desfilando por una pasarela mientras cientos de cámaras disparan sus flashes, capturando este momento encantador. En cambio, está aquí conmigo. Solo nosotros dos, con unos pocos camareros que se esconden al fondo para darnos algo de intimidad.

La brisa marina agita el mechón suelto de pelo ámbar que se le escapó cuando casi se cae al océano. Aspiro su embriagador perfume mientras me acerco y le coloco el mechón detrás de la oreja. Me sonríe, tímida y hermosa, y siento como si alguien me estuviera apretando el corazón.

—No puedo creer que hayas hecho todo esto por mí —dice cuando mira la mesa para dos dispuesta en la cubierta superior. Está decorada con elegancia, con mantelería blanca, flores tropicales y cubertería fina, todo bajo hileras de luces doradas que se balancean con la brisa. El mar se extiende infinito bajo nosotros y, a medida que nos adentramos en el océano, las estrellas empiezan a asomar.

—Haría cualquier cosa por ti, Maya —le digo mientras acaricio el borde de su mandíbula con el dorso de mi mano.

—Ya lo veo —dice ella con una risa—. Los vestidos y las joyas...

—¿Demasiado? —pregunto, temiendo haberme pasado de la raya. Le habría comprado más joyas si hubiera tenido tiempo. Hay una pieza en particular que me gustaría darle. Un anillo de compromiso con un diamante lo bastante grande como para hundir este barco.

—Quizá un poco —responde ella—, pero me parece un detalle dulce. Es solo que no estoy acostumbrada a que me mimen así.

—Bueno, pues vete acostumbrando —le digo mientras me inclino y la beso—. Esto es solo el principio.

Apenas podemos apartar los ojos el uno del otro mientras nos dirigimos a la mesa. Le retiro la silla y recorro con mi mirada ardiente sus hombros desnudos mientras se sienta.

Ella me examina con la misma intensidad cuando me siento frente a ella. Me he sentado frente a jefes de Estado de todo el mundo, directores generales poderosos, celebridades y multimillonarios que podrían comprar yates que harían que este pareciera un juguete de bañera, pero ninguno ha conseguido que me dé un vuelco el pulso como lo hace esta mujer con una sola sonrisa.

La camarera aparece con una botella de vino que seleccioné de la bodega mientras preparaba todo hace un rato. Lo elegí mientras Maya se arreglaba con el estilista en The Aurelia.

—Domaine de la Romanée-Conti —dice mientras sostiene la botella—. De Borgoña, Francia. Mil novecientos treinta y seis.

—Suena delicioso —digo mientras me incorporo en el asiento.

La camarera abre la botella y vierte un poco en mi copa para la cata. Me encanta, pero espero que sea del agrado de Maya. A sesenta y dos mil dólares la botella, espero que le guste.

Asiento a la camarera y ella nos sirve una copa a cada uno antes de retirarse.

—¿Ha dicho mil novecientos treinta y seis? —susurra Maya, inclinándose sobre la mesa y dejándome entrever ese escote hechizante—. ¿Cómo el año?

Sonrío y asiento. —Sí, mil novecientos treinta y seis, el año. ¿Te gusta el buen vino?

—Para mí, un buen vino es aquel que cuesta diecinueve dólares con treinta y seis centavos. Nunca he probado nada parecido.

—Bueno, pues aprovecha —digo levantando mi copa—. Es la primera de muchas primicias de esta noche. ¡Salud!

Chocamos las copas y observo cómo da un sorbo. Cierra los ojos mientras saborea el suave vino seco.

—Podría acostumbrarme a esto —dice con las mejillas sonrosadas.

—Me alegra oírlo, porque tengo una caja en mi bodega de abajo.

—¿Tienes una bodega? —pregunta ella, con el rostro desencajado por la sorpresa—. ¿En este yate?

—Tenemos de *todo* en este yate.

Sonríe mientras mira a su alrededor como si lo viera todo por primera vez. —¿Cómo se llama ella?

—¿El yate?

—Sí, ¿qué nombre le has puesto?

—¿Qué nombre le habrías puesto tú?

Se lo piensa y sonríe de oreja a oreja. —Probablemente algo ridículo como Barquito McBarco.

Niego con la cabeza y me río. —¿Dónde estabas cuando estaba eligiendo nombres? Ese, sin duda, es memorable.

Hace una pequeña reverencia mientras me sonríe. —Venga, ¿cómo la has llamado?

—Eterna.

—¿Eterna? —pregunta, ladeando la cabeza—. ¿Es el nombre de una exnovia? ¿O... de una novia actual?

—No —respondo con demasiada contundencia—. No hay nadie más, Maya. Nadie me ha hecho sentir ni de lejos lo que tú me haces sentir. Eterna significa precisamente eso en italiano: eterna o que no se marchita. Estaba en Italia cuando compré el yate y... no lo sé, simplemente me pareció adecuado. Sinceramente, no sé por qué lo elegí, pero ahora todo empieza a tener sentido.

Nuestras miradas se quedan fijas la una en la otra mientras el yate se balancea suavemente bajo nosotros y las estrellas brillan

sobre nuestras cabezas.

Eterna es como yo llamaría a este momento. Eterno. Inmarcesible. Para siempre.

—Me gusta —dice ella mientras alarga la mano por encima de la mesa y pone la suya sobre la mía—. Es una buena elección.

Se gira para contemplar el océano y, de repente, jadea.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras ella salta de la mesa y corre hacia la barandilla. Estoy allí mismo a su lado, con el corazón a mil y sujetándola del brazo para que no se caiga.

—Delfines —dice, señalando el agua—. ¡Mira!

Un grupo de delfines nada junto al barco. Se acercan, saltando dentro y fuera del agua mientras Maya observa maravillada.

Pasado un momento, desvío mi atención hacia ella, observando cómo asimila la vista con lágrimas en los ojos y una sonrisa de incredulidad en el rostro.

Se aprieta una mano contra el pecho, como si temiera que el corazón le fuera a estallar. —Son preciosos —susurra.

—Impresionantes —digo yo, pero no miro a los delfines. Estoy admirando a mi futura esposa.

—¿Has planeado esto? —pregunta, sonriéndome—. ¿También has contratado a estos delfines? ¿Son empleados tuyos?

—No seas ridícula —le digo, tomándola en mis brazos—. Trabajan estrictamente como autónomos.

Se pone de puntillas, me besa en la base de la barbilla y se acurruca en mis brazos mientras observa a los delfines nadar a nuestro lado.

Al cabo de un rato, o pierden el interés o no pueden seguir el ritmo y desaparecen bajo el agua, así que regresamos a la mesa para disfrutar de nuestra cena: pargo marcado a la plancha con risotto de azafrán y un toque de crema de coco, preparado por el mejor chef de la isla.

Maya no deja de soltar esos gemidos sexis mientras come y me alegro de que estemos sentados, porque estoy como una piedra de solo ver cómo mastican sus labios deliciosos. No dejo de recordar cómo se sentían esos labios carnosos y rosados envolviendo mi miembro y quiero volver a experimentarlo.

Cuando llegamos al postre —una deliciosa crème brûlée de mango— y nuestros cafés brasileños con nata montada, empieza a acribillarme a preguntas rápidas. Es idea de Maya. Dice que quiere saberlo todo sobre mí. Cada detalle extraño y aleatorio.

Sus ojos están un poco vidriosos por el vino y tiene una sonrisa permanente en la cara mientras recoge un poco de nata con el dedo y se lo lleva a los labios sin dejar de mirarme. Mi chaqueta descansa sobre sus hombros y se ve tan perfectamente mía.

—¿Cuál es tu lugar favorito en el mundo?

—Aquí mismo, contigo —respondo. Dondequiera que esté esta chica es donde yo quiero estar.

—Aparte de aquí —dice ella, dándome un toquecito en la pierna con el pie por debajo de la mesa.

—Me encanta The Aurelia —digo—. Pero si tampoco me dejas elegir eso, hay un bistró maravilloso en París que me fascina llamado Le Cygne Bleu. Está escondido en la Île Saint-Louis, con vistas al Sena. Solo tiene diez mesas, así que resulta privado e íntimo como nada más en París. Desde la terraza se ve el reflejo de las torres de Notre-Dame brillando en el río. Es precioso.

—Suena de maravilla —dice ella, picoteando su crème brûlée—. Nunca he estado en París.

—¿Qué vas a hacer la semana que viene? —pregunto mientras se mete la cuchara en la boca. Dios, esa boca... Esos labios sensuales hacen que me cueste pensar con claridad.

—No ir a París —dice entre risas.

Yo no me río. —Tengo un jet privado. Podemos ir a cualquier lugar que desees.

Ladea la cabeza mientras me estudia, envolviéndose un poco más con mi chaqueta.

—¿Cuál era el trabajo de tus sueños cuando eras niño? —pregunta, cambiando de tema.

—Ilustrador de cómics.

—¿En serio? ¿Se te da bien dibujar?

—Si se me diera bien, no estarías sentada en un yate.

Ella se ríe. —Buen punto. ¿Crees en el destino?

—Hasta hoy, no.

Toma otra cucharada de crème brûlée y la deja limpia mientras me estudia. —A ver, explícate.

—No lo sé... —digo, repasando los improbables sucesos del día que nos unieron—. Tengo un jet nuevo y hubo un fallo mecánico. Una persona vomitó en el avión y resultó ser tu asiento. Nosotros dos sentados juntos y conectando de inmediato. La azafata que pareció darse cuenta de lo que estaba pasando desde el principio. No parece una coincidencia. Creo que fue el destino lo que nos unió.

Los ojos de Maya se llenan de deseo mientras me mira fijamente durante un largo rato. Siento su pie deslizándose arriba y abajo por mi pierna y algo hambriento se agita en mi interior.

—¿Cuánto falta para que atraquemos? —pregunta con voz ronca.

—¿Lista para volver a casa?

Se lame los labios mientras su mirada ardiente me recorre por completo. —Sí. Vámonos de aquí de una puta vez.

CAPÍTULO OCHO

Adrian

—¡Adiós, Jericho! —dice Maya, despidiéndose del gerente con la mano mientras él se aleja en el coche de golf. Yo ni siquiera me doy la vuelta para darle las buenas noches. Estoy demasiado ocupado abriendo la puerta para poder meter a mi chica dentro.

Ella se ríe cuando la cojo del brazo y tiro de ella hacia el interior de la suite, pero debo de estar demasiado ansioso y tiro con demasiada fuerza porque tropieza con sus tacones al entrar. La sujeto y la aprieto contra la pared. Cuando nuestras miradas ardientes se encuentran, se acabaron las risas.

La puerta se cierra con un clic. El aire se carga de lujuria.

La agarro por la cintura, inmovilizándola contra la pared, manteniendo su mirada febril mientras se me endurece la polla.

La idea de lo que está a punto de suceder me debilita las rodillas. Todo mi cuerpo está *latiendo*.

Me acerco para darle un beso voraz, pero ella se pone rígida y se aparta. —Espera...

—¿Qué pasa? —pregunto suavemente, preguntándome si he interpretado mal todas las señales. Pero he tenido vía libre durante toda la noche. Y después de lo que hemos hecho esta tarde,

pensaba pasarme toda la noche enterrado hasta el fondo en su cuerpo.

Respira con dificultad, con su cuerpo apretado contra el mío. —Es que... quería decirte...

—Puedes decirme cualquier cosa, Maya.

—Lo sé —dice con una suave sonrisa—. Es solo que... el vino caro y el yate y la primera clase no son las únicas «primeras veces» para mí.

Me limito a mirarla a sus ojos de color marrón miel, esperando a que continúe.

—Nunca he hecho nada de esto antes —susurra—. Soy virgen.

Por un segundo, me quedo sin aire en los pulmones.

La habitación se desvanece, el mundo se estrecha.

Me limito a mirarla, asimilando la honestidad inocente de esos ojos abiertos y ansiosos.

Virgen.

Trago saliva con dificultad, adorando cómo suena eso. Voy a ser el primero en estar dentro de ella. Su coño solo me conocerá a mí.

Saber que seré el primero, y el último, me vuelve aún más posesivo con esta chica. Hace que la desee todavía más.

—Una virgen... —susurro, y de repente me tiemblan las manos y la voz.

—¿Te parece bien?

Saber que se ha guardado para mí... Que su precioso coño solo ha conocido mis manos y mi boca y mis ojos...

Joder, me parece más que bien. Es un sueño hecho realidad.

Sus palabras son un detonante y ya no hay nada que me detenga. Me lanzo sobre su boca, besándola con gemidos de hambre mientras hundo mi mano en su pelo perfectamente peinado y empiezo a quitarle las horquillas.

Ella gime y suspira mientras me mete la lengua en la boca, quitándome la chaqueta de los hombros.

—¿Que si me parece bien? —gruño mientras le beso el cuello. Ella echa la cabeza hacia atrás para que pueda alcanzar cada centímetro—. No, dulzura. Me parece más que bien. Me encanta que

seas virgen. Pero tengo que advertirte... No lo serás por mucho tiempo.

Su pelo ambarino cae suelto en ondas desordenadas. Me inclino hacia atrás para mirarla y, Dios mío, está sexy. Hay fuego en sus ojos mientras agarra mi chaqueta y me la quita de los brazos, dejándola caer al suelo. Sonrío cuando entreabre los labios, con esos ojos encendidos recorriendo todo mi pecho.

Agarra mi camisa con las dos manos y la abre de un tirón, haciendo que los botones salgan volando por todas partes.

Nos lanzamos el uno sobre el otro, besándonos, agarrándonos, tirando y frotándonos. Mi polla es una barra de acero que se clava en su muslo. Cuando siento que su palma se desliza arriba y abajo por ella, casi me corro en ese mismo instante.

—He estado deseándote toda la noche —gruño mientras le deslizo un tirante por el hombro, besando su piel bronceada—. Casi mando a todo el personal del yate en un bote de remos para poder tenerte solo para mí.

El tirante se desliza por su brazo mientras ella me acaricia la polla. Ese vestido rojo le queda impresionante, pero creo que va a quedar aún mejor en el suelo.

Ella gime, respirando agitadamente mientras le deslizo el otro tirante, besando su hombro desnudo. El vestido cae hasta su cintura, revelando sus magníficas tetas con esos pezones rosados y firmes que suplican por mi boca.

Me lanzo a ellos de inmediato, besando y pasando la lengua por las puntas endurecidas. Su mano abandona mi polla y hunde todos sus dedos en mi pelo, manteniendo mi boca contra su pecho mientras paso al otro pecho.

—Adrian —susurra con voz ronca y llena de necesidad—. Te necesito dentro de mí.

Eso es todo lo que necesito oír.

La cojo en brazos y ella me rodea la cintura con las piernas. Tiene los brazos envueltos alrededor de mi cuello y nuestras bocas están selladas, besándonos con fuerza durante todo el camino hasta el dormitorio principal.

Cuando la deposito sobre la cama, doy un paso atrás y me tomo un segundo para admirarla. Todo mi cuerpo ansía volver a estar en sus brazos, pero lucho contra ello, queriendo recordar este momento especial. El momento antes de arrebatarle su inocencia para siempre.

Respira con dificultad, buscándome. Nunca he visto nada tan hermoso. Su pelo está esparcido a su alrededor, su pecho desnudo sube y baja. Esos labios, esos ojos. *Me cago en la puta*. Su vestido rojo está amontonado en su cintura, con la abertura subiendo hasta el muslo. Vislumbro sus bragas rojas de encaje y ya no puedo contenerme más.

Me quito la camisa de un tirón y voy hacia ella, cayendo de rodillas mientras le separo las piernas, con mis ojos hambrientos clavados en esas bragas rojas húmedas.

—*Oh, joder* —susurra ella, bajando la mano para tocar su sexo dolorido. La observo frotándose el coño como si fuera demasiado doloroso no tocarlo y esa hermosa palabra resuena en mi interior.

Virgen.

Ese es un coño virgen que estoy a punto de profanar. Se me hace la boca agua mientras deslizo mis manos por sus muslos y agarro su ropa interior roja de encaje.

—Vas a tener que dejar que me encargue yo, dulzura —digo con una sonrisa cuando no deja de tocarse—. Manos arriba.

Suelta un gemido profundo mientras retira la mano y, en su lugar, empieza a apretarse los pechos.

—Eso es —susurro, con los ojos clavados en su coño mientras le bajo lentamente las bragas. El encaje se pega a su monte de Venus húmedo y luego se libera, revelando todo lo que ha guardado para mí.

Le quito las bragas del todo e inmediatamente me las meto en el bolsillo, donde no volverá a verlas. Ahora me pertenecen. Igual que este coño jugoso y húmedo. Es *mío*.

Arquea la espalda, despegándola de la cama, y lanza un gemido desesperado cuando pongo mi boca voraz sobre ella, saboreando sus dulces jugos vírgenes.

En cuanto pruebo su miel, me pongo como un loco, separando y empujando sus piernas hacia atrás mientras la *devoro*. Ella jadea y grita mientras le paso la lengua por el clítoris y su estrecha entrada virgen. Grita cada vez más fuerte hasta que casi llega al alarido, corcoveando y frotándose contra mi boca mientras la llevo a su primer orgasmo de la noche.

Grita mi nombre mientras se corre por toda mi boca, con mi lengua alojada firmemente en su interior. Sigo lamiendo su tierno tajo y provocando su coño mientras ella se retuerce y gime en la cama, con las piernas temblándole en mis manos.

—Así me gusta, chica buena —digo cuando finalmente la suelto, limpiándome su humedad de la barbilla con el dorso de la mano mientras me pongo en pie—. Quiero que te corras encima de mí toda la noche.

Respira con dificultad sobre la cama, apretándose las tetas mientras me observa con la mirada nublada por la lujuria. Tiene las piernas abiertas de par en par, con su coño virgen a la vista. Está demasiado rendida para tener vergüenza.

Sonrío mientras agarro mi cinturón y saco el cuero de la hebilla. Me quito los pantalones y la ropa interior, dejando que se deslicen hasta el suelo.

Sus ojos sexis cobran vida mientras mira mi polla dura, observando cómo me la acaricio mientras termino de desnudarme.

—¿Quieres esto? —pregunto con un tono profundo y ronco—. ¿Quieres que te llene ese dulce coñito?

Ella traga saliva mientras la mira fijamente. No necesito una respuesta verbal para saber lo que quiere. Sus ojos sexis me dicen todo lo que necesito saber.

Cojo su vestido, amontonado en la cintura, y se lo quito, dejando a mi chica completamente desnuda.

Mi polla late mientras me subo a la cama, y el colchón se hunde bajo mi peso. Me coloco justo entre sus piernas abiertas, guiando la cabeza de mi polla hacia su entrada virgen.

—Oh, Adrian —susurra mientras pone la mano en mi nuca, mirándome a los ojos—. Has arruinado la idea de cualquier otro hombre para mí.

—Eso es porque estamos hechos el uno para el otro —susurro mientras empujo la cabeza de mi polla en su estrecho calor. Ella jadea y arquea la espalda, presionando sus pechos contra mi pecho —. Somos almas gemelas, dulzura. Eres *mía*.

Empujo con fuerza, *hundiéndome* en ella. Gime cuando su coño caliente se cierra a mi alrededor, *apretando* mi miembro duro. Aprieto los dientes mientras me mantengo dentro de ella, sintiendo cómo sus paredes de seda comprimen mi polla dura.

Saber que soy el primer hombre que hace esto con ella está intensificando cada sensación. Lo eleva a un nivel totalmente distinto.

Su coño me aprieta con más fuerza que nada que haya sentido jamás. Es lo único en lo que puedo concentrarme. Es algo que me consume por completo.

Después de unos instantes manteniéndome dentro de ella, mis caderas empiezan a moverse, balanceándose de adelante hacia atrás, centímetro a centímetro, lentamente.

Maya se aferra a mí, gimiendo y lloriqueando mientras empiezo a ensancharla y a estrenar su estrecho coño.

Atrae mi boca hacia la suya y la beso profundamente mientras mis embestidas se vuelven más largas y potentes. Debería ir más despacio, dejar que se acostumbre, pero mi control pende de un hilo. No puedo contenerme. La idea de marcarla y poseerla se apodera de mí. Mi parte animal gana la batalla.

La agarro por la cadera y la atraigo más cerca, clavando su cuerpo en el colchón mientras la follo con fuerza y rapidez. Mi polla dura se hunde en su suave calor una y otra vez mientras sus gemidos se convierten en gritos y luego en alaridos mientras se corre por toda mi polla.

Suelto un gruñido posesivo al sentir su coño virgen corriéndose sobre mi polla por primera vez. Un escalofrío me recorre la columna cuando la siento apretarse y pulsar a mi alrededor.

—¿Qué has sentido? —le gruño al oído cuando sus gritos pasan a ser sollozos y su cuerpo empieza a temblar.

—Tan jodidamente bien —gime, aferrándose a mí—. Estoy enamorada de tu polla.

Una sonrisa lobuna asoma a mis labios mientras le paso los brazos por debajo y la levanto. Me giro y me siento en la cama, haciendo que baje sobre mí. Mi espalda choca contra el frío cabecero mientras la veo a horcajadas sobre mí, respirando profundamente mientras recupera el equilibrio.

Me agarra de los hombros y empieza a cabalgarme, con esas tetas deliciosas rebotando ante mi cara.

Deslizo las manos por sus muslos mientras observo el punto donde estamos conectados, con su pequeño y sexi coño subiendo y bajando por mi longitud. Mi miembro está bañado en su flujo. Así es como quiero estar siempre: cubierto de su lujuria y su deseo. Empapado en sus jugos.

Empiezo a mover mis manos por todo su cuerpo: por sus tetas oscilantes, por su culo que rebota, por sus brazos, piernas y vientre suaves.

La idea de fecundarla regresa con saña y es lo único en lo que puedo pensar mientras se desliza arriba y abajo por mi polla. Quiero que mi semilla crezca en su vientre. Quiero que esta chica esté unida a mí de todas las formas posibles.

Deslizo mi mano por su vientre y empiezo a frotar su clítoris hinchado con el pulgar. Se estremece al sentirlo, y luego me agarra la muñeca para mantener mi mano en su sitio.

—No pares —suplica mientras me cabalga. La froto más rápido y con más fuerza, acercándola a otro intenso orgasmo—. Oh, mierda, *no pares*.

Esos gimoteos se convierten en gritos y, una vez más, su precioso coñito rosado se corre por toda mi polla.

Tiembla y se convulsiona mientras se corre más fuerte aún que las veces anteriores. Dicen que no hay dos sin tres.

Pero esta vez, verla correrse con esas tetas sexis agitándose, la boca abierta, la desesperación en sus ojos, y sentir su coño apretándose alrededor de mi polla... es suficiente para hacerme perder el juicio.

Le agarro el culo, arremeto con cuatro o cinco embestidas fuertes de mis caderas, me anclo en su calor virgen y me *libero*.

Se aferra a mí, con su cuerpo sacudiéndose contra el mío mientras me corro con *fuerza*, soltándome *profundamente* en su interior.

Ambos gritamos mientras mi polla da sacudidas y espasmos, dándole hasta la última gota de semilla que tengo. Espero que llegue directa a su útero. Quiero que esté bañada en mi corrida.

Maya me besa la cara y el cuello mientras nos abrazamos con fuerza, el agotamiento nos invade a los dos. Nos desplomamos sobre la cama, el uno en brazos del otro, con mi polla todavía alojada en lo más profundo de ella.

Estoy obsesionado con esta chica. Nunca la dejaré marchar.

Deslizo mi mano por su pelo revuelto mientras nos besamos y nos acariciamos en la cama.

Solo me ha tenido a mí dentro. Soy el único.

Su coño se amolda a la forma de mi polla.

Y siempre lo hará.

Me aseguraré muy bien de ello.

CAPÍTULO NUEVE

Maya

—Mrrggmnbbrgghh duurggtttlll —grito a través de mi tubo de buceo, intentando que Adrian mire a la tortuga marina gigante que nada debajo de nosotros.

Él se encoge de hombros con sus grandes y sexis hombros, flotando bajo el agua mientras sus aletas amarillas se balancean de un lado a otro.

—¡Rrragghragghh raorrgh! —vuelvo a gritar, señalando a la tortuga.

Finalmente mira, pero es demasiado tarde. La tortuga se ha ido.

Nada hacia arriba y lo sigo hasta la superficie. Se quita el tubo y las gafas, y me quedo sin aliento al ver su precioso rostro. Incluso con la marca rosa de las gafas rodeándole la frente, las mejillas y la nariz, su belleza me sigue dejando atónita.

—¿Qué pasa? —pregunta, con la voz llena de preocupación mientras se acerca nadando.

Siento su mano protectora agarrando mi cintura mientras me coloco las gafas sobre la cabeza. —Había una tortuga enorme. ¿La has visto?

Exhala aliviado y entonces esboza una sonrisa. —Pensé que habías visto un tiburón.

—Si hubiera visto un tiburón, habrías visto mi culo nadando de vuelta al barco —digo con una carcajada.

Él gime con avidez. —Pues *esa* es una imagen que no me importaría que fuera la última que viera.

Le salpico con un poco de agua y luego me vuelvo hacia el yate gigante que flota cerca. —¿Estás empezando a tener hambre?

—Estoy hambriento —dice, con sus ojos encendidos clavados en mí.

Así que nadamos de vuelta al yate para almorzar, pero descubro que el hambre de Adrian no es de sándwiches y patatas fritas. Es de mí.

En cuanto nos escabullimos en el dormitorio principal para ponernos unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, se me echa encima, besándome el cuello y quitándome el bañador.

—Oh, conque *esa* clase de hambre —digo con un gemido mientras desliza su mano entre mis piernas y acaricia mi coño. Ya está tan húmedo y listo para él. Estoy *ardiendo* por este hombre.

Los bañadores mojados desaparecen en un santiamén y me empuja hacia la cama, haciéndome girar para que me apoye sobre mis manos y rodillas.

Suelto un grito, esperando que la tripulación no me oiga, cuando siento su boca en mi coño, comiéndome desde atrás. Sus manos fuertes agarran mis nalgas mientras entierra su lengua dentro de mí, devorándome como si hubiera estado obsesionado con ello toda la mañana.

Todo mi cuerpo se derrite por él. Me convierto en plastilina.

Pero entonces empiezo a pensar en su polla dura y en cómo se sentía anoche, rellena dentro de mí, y es lo único en lo que puedo pensar.

—Fóllame —le ruego, dejando caer la cabeza sobre la cama—. Saca esa polla grande y hermosa y fóllame con ella.

Me da una última lamedura que me hace encoger los dedos de los pies y luego se posiciona detrás de mí. Mi cuerpo tiembla al sentirlo moverse ahí atrás; la propia anticipación me lanza hacia el abismo.

Cuando siento su polla deslizándose dentro de mí, dura y larga, grito de placer. Ya ni siquiera me importa quién me oiga. Esto se siente demasiado bien.

Me vengo dos veces antes de que finalmente subamos a almorzar.

He comido la mejor comida de mi vida en nuestra tercera noche juntos.

Nos quedamos en The Aurelia, cenando en uno de sus restaurantes de cinco estrellas. La Dolce Vita, que se traduce como La Dulce Vida, es un restaurante italiano con vistas a la playa. La comida es tan buena que me hace gemir con cada bocado.

Con el vino, la comida, la música, el sonido de las olas y la forma en que este hombre increíble me mira desde el otro lado de la mesa, todo bañado por la luz de las velas, siento que he entrado en otro mundo. ¿Cómo puede ser esta mi vida? ¿Qué he hecho para merecer esto?

Esta vez, durante el postre, Adrian me hace preguntas a ráfagas.

—¿Cuál es tu animal favorito? —pregunta, observando mi boca mientras tomo un bocado del *delicioso* tiramisú. Está empapado en ron y se me está subiendo directo a la cabeza. Y entre las piernas... aunque eso puede ser cosa de Adrian...

—El gato de mi tío —digo con una sonrisa al imaginar a Ganoosh —. Odia a todo el mundo, pero por alguna razón siempre viene y se sienta en mi regazo. Nadie sabe por qué.

—Me refería a la *especie* de animal —dice con una carcajada—. No a un animal *específico*.

—Tu pregunta no especificaba eso —le digo en un tono severo pero juguetón mientras clavo el tenedor en el tiramisú para dar otro bocado. Se supone que debemos compartirlo, pero yo estoy haciendo todo el trabajo pesado—. Siguiente pregunta.

—Pero no has respondido a mi pregunta.

—Sí que lo he hecho —digo, entrecerrando los ojos hacia él—. Siguiente pregunta.

Se ríe, sacudiendo la cabeza—. Vale, de acuerdo. ¿Crees en los fantasmas?

—No —digo, pensándolo—. Es que no tiene sentido. *Miles de millones* de personas han muerto a lo largo de la historia. Si hubiera fantasmas, habría fantasmas *por todas partes*. En el Costco, en la biblioteca, pasando el rato en el coche contigo solo por dar un paseo. Y piénsalo. La gente es muy pervertida. Si hubiera fantasmas, los fantasmas masculinos estarían amontonados y de mirones en todos los baños de mujeres, y yo no he visto ninguno mientras me ducho.

—Si yo fuera un fantasma, me mudaría a tu baño —dice con una sonrisa pícara.

Le lanzo mi servilleta—. Si fueras un fantasma, probablemente sería yo quien te habría matado.

—Cariño —digo, sacudiendo el hombro redondeado de Adrian mientras dormita en la silla bajo una palmera—. Te estás quemando.

Abre lentamente los ojos y sonríe al verme.

—Me gusta despertarme contigo.

—Te vas a despertar con quemaduras de quinto grado si no tienes cuidado —digo, sacando la crema solar de la bolsa. Estamos en nuestra playa privada y no hay nadie en kilómetros a la redonda —. Deja que tu asistente de bronceado vuelva a aplicártela.

Él simplemente se queda ahí tumbado, mirándome con esa expresión de paz y satisfacción mientras empiezo a frotarle la crema por todo su pecho, brazos y hombros.

—*Mmmmm* —gime mientras me tomo mi tiempo con sus abdominales esculpidos, recorriendo cada rincón y recoveco. Por el sol. Obviamente.

Se me hace la boca agua al ver la erección larga y dura que presiona contra su bañador. La visión me envía una ráfaga de calor

al vientre.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto en un tono juguetonamente severo—. ¿Nos estamos poniendo inapropiados, señor Drake?

—No puedo evitarlo con tus manos sobre mí —dice, con la voz profunda y ronca—. Eres irresistible, dulzura.

Me encanta cuando me llama así. Me aseguro de que no hay nadie cerca y luego deslizo mi mano dentro de su bañador, envolviendo con mis dedos y palma embadurnados de crema su polla dura y carnosa.

Sus gemidos se vuelven más pesados y no deja de soltar esos gruñidos profundos y posesivos que tanto me gustan mientras empiezo a masturbarlo de arriba abajo.

Le bajo el bañador por sus muslos musculosos y continúo masturbándolo mientras me observa con una mirada oscura y sexi.

En un momento dado, intenta tirar de mí para que me ponga encima, pero le aparto la mano de un manotazo—. No se toca, señor Drake. Por favor, deje que su asistente de crema solar haga su trabajo. No queremos que esta polla grande y poderosa se queme con el sol, ¿verdad? No, no, no. Tengo grandes planes para ella toda la semana.

Se estira en la silla de playa, entrelazando las manos tras la cabeza mientras me ve masturbarle con un movimiento suave y rítmico.

Empieza a respirar con más fuerza y rapidez, y cuando aprieta los dientes, sé que está al límite.

Aprieto más y me muevo más rápido, se me acalambran las muñecas y las manos, pero no me detengo. Uso ambas manos, excitada por verle correrse.

—*Joder* —sisea mientras lo acerco más y más. Está mirando mi pecho, mis pechos botando arriba y abajo en el bikini con todo ese movimiento vigoroso.

—¿Quieres verlos? —pregunto con voz ronca mientras me bajo la parte de arriba de un tirón, dejando salir mis pechos.

Observa con esos ojos oscuros y lujuriosos mientras lo llevo al orgasmo; su polla se tensa en mi mano antes de descargarse.

Jadeo cuando llega al clímax, liberando chorros espesos de semen sobre mis manos y muñecas mientras suelta gruñidos y gemidos profundos y carnales.

Me lamo los labios y sigo acariciándolo, restregando su semen caliente por todo su tronco sólido y su gran glande hinchado. No se ablanda, ni siquiera por un segundo.

Y esta vez, cuando intenta alcanzarme, se lo permito. Tira de mí para ponerme encima, aparta la parte de abajo de mi bikini y hunde esa polla grande y deliciosa en mi coño ansioso.

Dios mío, me encanta este puto lugar.

Es nuestra última noche en The Aurelia, pero no quiero pensar en eso. Solo servirá para estropearme el humor y quiero disfrutar hasta el último segundo de estas vacaciones increíbles.

—Elijamos dos estrellas —digo mientras nos sumergimos en el jacuzzi, mirando al cielo nocturno—. Una para ti y otra para mí.

Estamos pegados el uno al otro, dando sorbos a nuestros cócteles, desnudos como hemos estado todo el día. He perdido la cuenta de cuántas veces hemos tenido sexo hoy. Tienen que ser dobles dígitos.

—¿Por qué? —pregunta Adrian, sonriéndome—. Cuando pienso en ti, no pienso en estrellas. Eres más bien como el sol alrededor del cual estoy orbitando.

Le beso el hombro y luego apoyo la cabeza en él mientras miro las estrellas brillantes.

—Quiero que tengamos estrellas para nosotros, para que estemos donde estemos en la vida, podamos mirar al cielo nocturno y recordar este momento. Simplemente no quiero olvidarlo.

—¿Olvidar qué?

—Olvidar esto... —digo, sintiendo una punzada de melancolía—. Olvidar cómo somos cuando estamos juntos.

—¿Por qué íbamos a olvidarlo? —dice, moviéndose en el jacuzzi. Levanto la cabeza de su hombro y doy un sorbo a mi ponche de ron

mientras lo observo—. Vamos a estar juntos.

Espero que sea verdad, pero...

Los romances de vacaciones son solo eso. Romances de vacaciones. Nunca duran cuando los mezclas con el mundo real. Todo son promesas, bombardeos de amor y buenas intenciones alimentadas por puestas de sol preciosas, piel bronceada, bañadores sexis y bebidas fuertes. No son reales. Tengo que recordar eso.

Me he estado permitiendo la fantasía de continuar este romance con Adrian, pero no lo sé. Me parece poco realista. Vivimos en dos mundos diferentes.

—Me quedo con esa estrella de la izquierda —digo, señalando una brillante que está al lado de otra. Están ellas dos solas en el universo oscuro, con su luz brillando desde dentro—. Y tú puedes quedarte con la de la derecha.

—No, gracias —dice mientras me abraza fuerte—. Yo tengo mi estrella justo aquí. Y si necesito recordarlo, todo lo que tendré que hacer será girar la cabeza y mirarte, porque vas a estar justo a mi lado.

Sonrío mientras me hundo en sus brazos, permitiéndome disfrutar de la fantasía un poco más. Es la última noche, ¿qué daño puede hacer?

Romances de vacaciones...

Son una bestia de cuidado.

Solo espero que no me cueste demasiado tiempo superarlo.

Pero ya sé que no hay forma de superar a este hombre.

No se supera algo como esto.

Uno simplemente sigue adelante con valentía e intenta avanzar.

Con el corazón roto y todo lo demás.

CAPÍTULO DIEZ

Adrian

No puedo creer que la semana ya se haya terminado.

La maleta de Maya está esperando junto a la puerta y siento como si se me rompiera el corazón. Sé que esto no es el final. No puede serlo. Uno no se aleja de algo tan bueno.

—¿Cómo voy a llevarme todo esto a casa? —pregunta ella, mirando el montón de vestidos extravagantes y joyas sobre la cama —. ¿Podré pasar por la aduana con todo esto?

—Yo me encargaré —le digo con un peso en el pecho—. Lo cargaremos en mi jet privado y pagaré los aranceles que correspondan.

Parece dudar mientras lo observa todo.

—¿Qué pasa? —pregunto, sentándome en la cama.

—Es que...

—¿Qué?

—Me encantan todos y ha sido muy divertido vestirme como Audrey Hepburn toda la semana, pero...

Le doy tiempo, dejando que organice sus pensamientos.

—Simplemente no encajan en mi vida —dice con un profundo suspiro—. Tengo un armario pequeño y ya está a reventar. Tengo *compañeras* de piso. En plural. Compro en Old Navy, Adrian. Ni

siquiera sé dónde me pondría esto. No voy a galas ni a entregas de premios y, desde luego, no recorro el mundo en avión por un capricho. Me quedo en complejos turísticos de menos de quinientos dólares la semana. Para mí, salir a comer elegante es ir a una zona de restauración de un centro comercial. Este nivel de extravagancia simplemente no encaja en mi vida.

Se le hunden los hombros y le tiembla la barbilla como si estuviera conteniendo las lágrimas.

Doy un salto y voy hacia ella, envolviendo su cuerpo tembloroso entre mis brazos.

—Maya —susurro mientras beso su piel bronceada—. Ahora estás conmigo. Esta puede ser tu vida si quieres.

Esos preciosos ojos de color miel me miran, empañados y llenos de esperanza.

—Tengo un vestidor vacío del tamaño de esta habitación —le digo—. Es todo tuyo. Lo llenaré con lo que quieras. De Old Navy o con la ropa más lujosa que este mundo pueda ofrecer. Cualquier cosa que desees, es tuya. Ven a vivir conmigo. Sé mía. Podemos viajar a los lugares más populares del planeta, comiendo en puestos callejeros o en los mejores restaurantes. Te daré lo que quieras.

Se muerde el labio inferior mientras me mira. Sé que quiere decir que sí.

—No puedo —susurra—. Lo siento. No puedo mudarme con alguien si no estoy prometida. Supongo que soy una anticuada para esas cosas.

—Entonces supongo que es hora de darte la única joya que me he guardado.

Sus labios se entreabren y me mira perpleja mientras pongo una rodilla en el suelo y saco una cajita morada.

—¿Qué es eso?

La abro y ella contiene el aliento.

—¿Quieres casarte conmigo, Maya?

Le tiemblan las manos, pero no ha apartado la vista del anillo, así que espero que sea una buena señal.

—¿De dónde has sacado eso? ¿Cuándo?

—Lo elegí cuando estabas en el spa dándote el masaje.

—¡Eso fue el día después de conocernos!

—Supe en el segundo que te vi que eras la elegida.

—Estás loco.

—Estoy loco por ti, dulzura. ¿Te casarás conmigo, por favor?

Empieza a llorar de alegría mientras asiente con la cabeza.

—Sí. Sí, me casaré contigo.

Le pongo rápidamente el anillo en el dedo, me levanto de un salto y la estrecho entre mis brazos.

Es el momento más feliz de mi vida.

Nos besamos y luego pasamos a la cama, arrancándonos la ropa y haciéndolo oficial allí mismo, junto a sus vestidos.

Cuando ella grita, con la espalda arqueada y su coño corriéndose sobre mi polla dura, me hundo profundamente en su interior y me vengo.

No puedo creer que vaya a disfrutar de esta mujer el resto de mi vida. No pasará ni un solo día sin que se corra conmigo. Puede ser con mis manos, mi boca, mi polla o las tres cosas, pero no pasaré un día sin escuchar sus gritos de placer.

—Celebrémoslo en París —digo cuando ambos estamos tumbados boca arriba, respirando con dificultad—. Te llevaré a cenar a Le Cygne Bleu. Puedes ponerte ese precioso vestido plateado que aún no has podido estrenar.

Ella alarga la mano y toca el vestido plateado, acariciando la suave tela entre sus dedos.

—Tengo que trabajar —dice con tristeza—. No me quedan más días de vacaciones.

—¿Te darán otra semana libre si dono otros diez millones de dólares?

Ella se ríe como si estuviera bromeando. —Sí, probablemente.

Cojo el teléfono y llamo a mi contable.

Ella se incorpora de un salto, con sus pechos desnudos balanceándose; tiene un aspecto tan malditamente bueno que estoy listo para empezar de nuevo. —¿Qué estás haciendo?

Mi contable responde y le digo que done otros diez millones de dólares *solo* si dejan que Maya se coja otra semana libre.

Se queda boquiabierta cuando cuelgo el teléfono.

—¿De verdad acabas de hacer eso?

—Parece que puedes venir a París, ¿oui? ¿O tienes alguna otra excusa?

Niega con la cabeza mientras me sonríe.

—Supongo que ya sabemos de quién vino la donación misteriosa.

—Pillado —digo con una sonrisa burlona—. Entonces, ¿vendrás? Tienen la mejor *mousse* de frambuesa del planeta.

—Vale —dice, regalándome esa sonrisa de infarto—. Me encantaría.

Me incorporo, acaricio su pecho desnudo y la beso con tanta pasión que volvemos a caer sobre la cama y lo hacemos todo de nuevo.

Si voláramos en una aerolínea comercial, ya habríamos perdido el vuelo, pero tengo mi propio jet, así que puedo tomarme todo el tiempo del mundo con mi increíble nueva prometida.

Próxima parada, París.

EPÍLOGO

Adrian

Un año después…

El Aurelia está tan impresionante como siempre cuando nos bajamos de la limusina para el primer día de nuestra luna de miel.

Es la primera vez que cruzo el gran arco de mármol con mi mujer del brazo.

Maya Drake.

Ese nombre maravilloso me desarma. Cada vez que escucho a alguien pronunciarlo, una oleada de orgullo posesivo me ilumina por dentro.

Esta mujer increíble es mi esposa. Es toda mía.

Hemos vuelto a donde empezó todo: la Suite Empire en el Aurelia, pero esta vez no somos dos extraños al borde de algo nuevo. Esta vez, el círculo se ha cerrado.

Esta vez, nuestro amor se ha cimentado en algo permanente. Las alianzas en nuestros dedos son la prueba de ello.

Jericho nos saluda afectuosamente, sonriendo mientras baja las escaleras de mármol a toda prisa. Tiene el aspecto del típico hombre que plancha meticulosamente sus calcetines antes de ir a trabajar. Se le ilumina la cara al vernos.

—Sr. y Sra. Drake —dice con una sonrisa sincera, estrechándome la mano con vigor—. Bienvenidos a casa.

A casa.

No le falta razón. Este lugar siempre tendrá un hueco especial en mi corazón. Aquí fue donde Maya se enamoró de mí. Yo me enamoré de ella en cuanto la vi, pero ella tardó un poco más.

Maya me aprieta la mano mientras entramos en el grandioso y lujoso vestíbulo. La playa se ve tan espectacular como siempre, con el agua turquesa cristalina.

—Echaba de menos este lugar —dice suavemente, casi para sí misma, mientras mira a su alrededor.

Yo echaba de menos nuestra playa privada, nuestro jacuzzi apartado, esa gran cama de matrimonio... cada rincón donde la hice mía durante aquella primera semana mágica juntos.

Jericho nos hace el registro rápidamente y nos ponemos en camino hacia nuestra habitación, emocionados por una semana larga y relajante. Solo nosotros dos.

La boda fue extraordinaria: una ceremonia extravagante en la Toscana, en una villa restaurada rodeada de olivares y viñedos.

Maya habría sido feliz casándose conmigo en el centro social del barrio, pero yo quería mimarla. Quería que se sintiera como una princesa, así que llevé a todo el mundo a Italia en avión y los alojé en un hotel precioso allí cerca. Todo fue perfecto.

La ceremonia fue al atardecer, con todo el valle brillando en tonos dorados. Ella caminó hacia el altar con un vestido resplandeciente que nunca olvidaré. Verla acercarse a mí hizo que se me saltaran las lágrimas. Me sentí el hombre más afortunado del mundo. Estoy seguro de que todos los demás hombres entre los invitados deseaban estar en mi lugar.

Sus padres estaban encantados con el evento. Ella me había dicho que su padre puede ser un crítico feroz, pero incluso él miraba a su alrededor con asombro mientras comíamos deliciosa comida italiana y bebíamos vino fresco de la Toscana bajo las estrellas.

Hasta ahora, nos hemos llevado de maravilla. Me hace ilusión ir estrechando nuestra relación con el paso de los años. En mi opinión,

cualquier persona capaz de crear a alguien tan especial como mi Maya merece la pena ser conocida.

Toda la boda fue perfecta, salvo por un pequeño contratiempo. Leah, la prima de Maya, se pasó un poco con el champán y se cayó a una fuente, haciendo el ridículo. Nos reímos bastante y, cuando se fue a cambiar, ya no volvió el resto de la noche. Maya se sintió aliviada por eso. Yo le dije que en todas las familias hay una oveja negra y que no dejara que eso la molestara.

—¿Lista? —pregunta Maya con una sonrisa mientras abre la puerta de nuestra suite.

—He estado listo para una luna de miel contigo desde el primer segundo en que te vi en el avión —le digo, mientras el cuerpo ya me pide saborear a mi mujer.

Sonríe tímidamente mientras empuja la puerta.

Entramos en lo que será nuestro hogar durante esta semana y Maya no deja de soltar exclamaciones de asombro mientras recorre el lugar, admirando la lujosa suite una vez más.

Yo solo la observo a ella. Mis ojos hambrientos están fijos en mi esposa.

Jericho nos ha dejado preparada una botella de champán en una cubitera con dos copas sobre la mesa. La abro y le sirvo una copa a mi mujer.

—Por nosotros —digo, levantando mi copa para brindar—. Por nuestro reciente matrimonio. Por años de felicidad y alegría. Por los hijos que vendrán, sin duda alguna. Por la aventura, por el amor y por décadas estando juntos. Eres mi alma gemela, Maya, y estoy deseando hacerme viejo a tu lado.

Ella sonríe mientras chocamos las copas.

Me llevo la copa a los labios, pero ella duda.

—Puedes taparte la nariz para no estornudar —le digo con una sonrisa cálida—. No te juzgaré. Es solo otra parte de ti que amo.

Ella inclina la cabeza mientras baja la copa.

—Iba a esperar a contártelo en la cena...

¿Qué? —pregunto, con el pulso acelerado de emoción. Creo que ya lo sé…

Deja la copa y, en su lugar, coge el bolso. Me falta el aire cuando mete la mano y saca una varilla.

—Estoy embarazada —dice radiante mientras me muestra el test de embarazo positivo.

Me quedo ahí atónito, incapaz de moverme mientras miro esas dos líneas rosas.

Y de repente, reacciono. Me lanzo hacia delante, la tomo en brazos y la hago girar, derramando mi champán por todo el suelo de mármol.

—¿Estás embarazada? —digo, apartándome para mirarla a sus hermosos ojos—. ¿De verdad?

Ella asiente, con los ojos empañados. —Vas a ser papá.

Papá...

Las lágrimas asoman a mis ojos mientras la aprieto con fuerza, demasiada fuerza para alguien que está embarazada.

—Perdón —digo, aflojando el abrazo rápidamente.

Ella se ríe. —No pasa nada, Adrian. No soy de cristal, todavía no. Apenas tiene el tamaño de un guisante.

Puede que tenga el tamaño de un guisante, pero ya lo ha cambiado todo. Soy padre. Y esta mujer maravillosa es madre.

Le cojo las mejillas y la beso en la boca, con las emociones y los pensamientos recorriéndome como un huracán.

Padre...

No me lo puedo creer.

He levantado una empresa de la lista Fortune 50 desde cero. He creado un imperio. He cambiado el mundo a mi pequeña manera.

Pero esto...

Esto es algo totalmente distinto.

Esto parece más grande. Con más peso.

Esto es lo que realmente importa. Esto es lo que es verdaderamente importante.

La familia. El amor. Mi maravillosa esposa.

—¿Te he dicho que te quiero?

Ella asiente, riendo. —Cada día.

—Déjame decírtelo una vez más, pequeña —le digo mientras la abrazo, sin querer soltarla nunca—. Te quiero, Maya. Te quiero más

que a nada.

Se pone de puntillas y me besa los labios. —Yo también te quiero, Adrian.

Exhalo una larga y profunda bocanada de aire mientras miro hacia la playa inmaculada, y las emociones que se arremolinan en mi interior empiezan por fin a calmarse. Un sentimiento de profunda felicidad y gratitud ocupa su lugar.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto, sin saber muy bien cómo seguir.

—Bueno —dice ella mientras mira hacia el dormitorio principal—. Tenemos nueve meses antes de que llegue el bebé y lo cambie todo. ¿Quizás deberíamos aprovechar ahora?

Me está poniendo esa mirada sexy y seductora... No puedo resistirme cuando me mira así.

—Me has leído el pensamiento —digo mientras la cojo en brazos. Ella suelta un grito de asombro cuando la levanto del suelo y la llevo al dormitorio, dispuesto a empezar esta luna de miel como es debido.

Desnudo a mi esposa y hundo mi rostro entre sus muslos, saboreando su dulzura hasta que se corre por toda mi boca. Mientras aún está temblando por los espasmos de su orgasmo, me subo encima de ella, agarro mi erección firme y la deslizo en su calor. Suelta un grito al sentir cómo lleno cada centímetro de su sexo.

Esta mujer es toda mía ahora. Lleva mi anillo en su dedo y mi bebé crece en su vientre. Siempre será mía.

Con un gruñido posesivo, empiezo a mover las caderas, embistiendo dentro y fuera de mi chica hasta que nos corremos el uno sobre el otro, llenando la Suite Empire con profundos y pesados gritos de pasión.

Esta luna de miel está empezando con buen pie.

Y tenemos toda una semana así.

No, toda una vida por delante.

Yo y mi hermosa y cariñosa esposa.

EPÍLOGO

Maya

Treinta años después…

El Aurelia no ha cambiado. Es el mismo arco de piedra blanca que brilla bajo el sol, las mismas palmeras que se mecen perezosas con la brisa, y el aire sigue oliendo a sal, a crema solar y a ese leve rastro de paraíso.

Pero todo lo demás ha cambiado.

Esto no es como la primera vez que nos enamoramos aquí. Tampoco es como nuestra luna de miel.

Todo es distinto, pero igual de maravilloso. Una clase de maravilla diferente.

Hay risas por toda nuestra playa privada. Hijos y nietos correteando salvajemente por la arena, persiguiendo las olas y persiguiéndose unos a otros, lanzando el balón, bronceándose, sesteando y leyendo a la sombra. La playa que un día sentimos como nuestro propio oasis secreto está ahora llena de vida con el sonido de la familia.

El corazón se me hincha mientras estoy sentada bajo la cabaña tiki, con los dedos de los pies hundidos en la arena caliente, viendo al amor de mi vida construir un castillo de arena con nuestros nietos.

Adrian está de rodillas en la orilla, con su pelo plateado reluciendo bajo la luz del sol; está bronceado, fuerte y sigue siendo injustamente guapo.

Como los buenos vinos caros de nuestra bodega, este hombre no hace más que mejorar con la edad.

—Necesitamos algunas conchas para decorar —dice.

—¡Nosotras traeremos algunas! —gritan al unísono nuestras nietas gemelas, Amelia y Tanya, y corren hacia el agua con sus cubos para buscar unas cuantas.

Adrian cava un foso alrededor del castillo de arena con nuestro nieto más pequeño, Tyler; hunde las manos en la arena y la saca a manos llenas.

Siento un escalofrío al pensar en todas las veces que esas manos han estado sobre mí, arrancando sonidos primarios de mi cuerpo que ni siquiera sabía que estaban ahí. Las manos de ese hombre son de otro mundo.

Ahora somos mucho mayores, pero parece que seguimos sin poder mantener las manos quietas cuando estamos cerca el uno del otro. Hemos viajado por todo el mundo, empañando los cristales de habitaciones de hotel en docenas de países, pero este lugar sigue siendo nuestro favorito. No hay nada como la Suite Empire en El Aurelia.

Esta vez, nos quedamos una semana con la familia; luego ellos se irán y tendremos la suite para nosotros solos otra semana más. Justo como a mí me gusta.

Mi cuerpo ya ansía ese tiempo que pasaremos a solas.

Han pasado más de treinta años y este hombre todavía me hace sentir como aquella chica especial del vestido rojo en nuestra primera y prodigiosa noche juntos. Hemos hecho tanto en las últimas tres décadas que parece que ha pasado toda una vida.

Tuvimos cuatro hijos, siete nietos, abrimos seis organizaciones benéficas y donamos *miles de millones*. No cambiaría ni un solo día de todo esto.

Construimos hospitales, financiamos escuelas, creamos programas que cambiaron vidas... pero lo que más me gusta de todo lo que hemos construido es nuestra sólida relación. Los

cimientos son más fuertes que el hormigón y sé en mi corazón que nunca se romperán.

Amelia y Tanya regresan con algunas conchas y decoran el castillo de arena mientras Tyler observa con esa mirada traviesa.

—¿Qué te parece si vas a buscar una pluma para la punta de la torre? —le dice Adrian a Tyler—. Puede ser la bandera del castillo. Creo que la abuela ha encontrado una antes.

Adrian me guiña un ojo mientras Tyler viene corriendo, levantando arena tras sus pequeños pies.

—Abuela, ¿tienes una pluma?

Saco la larga pluma gris que he encontrado esta mañana en la playa, perdida por un pelícano pardo, y los brillantes ojos azules de Tyler —los mismos ojos que su abuelo— se abren de par en par. —*¡Hala!*

—¿Servirá esta? —pregunto con una gran sonrisa.

Él asiente y la coge—. ¡Gracias, abuela!

Me siento tan llena de amor mientras lo veo correr de vuelta hacia Adrian y las niñas. La clava con orgullo en la torre de arena y todos se echan hacia atrás para admirar su obra.

Los niños miran el castillo de arena, pero Adrian admira su otra obra: contempla con orgullo a sus nietos con una cálida sonrisa de satisfacción en el rostro.

Dios, cuánto quiero a ese hombre.

Los labios de Tyler se curvan en esa mueca traviesa y salta hacia delante, pisoteando todo el castillo mientras las gemelas le gritan que pare.

Lo persiguen por la playa mientras Adrian ríe y se acerca a verme.

—Ese ha salido a ti —digo, sonriéndole a mi hombre.

Se pasa una mano por el pelo plateado y se ríe—. ¿Tú crees?

—Oh, sí —asiento—. Los ojos, la sonrisa pícara, la energía y el descaro. Es definitivamente tu pequeño clon.

Se sienta en la silla vacía a mi lado y me coge la mano.

—Espero que encuentre a una mujer increíble como hice yo —dice mientras me lanza una mirada con esos ojos azul cielo—. La necesitará para mantener los pies en el suelo.

—¿Ah, sí? —digo, sintiendo que me sonrojo porque este hombre tan guapo esté flirteando conmigo. No importa que lo haya hecho durante treinta años, el efecto sigue siendo el mismo que el día que nos conocimos.

Él asiente. —La necesitará para sacar lo mejor de él. Y la necesitará para completar su vida igual que tú completaste la mía.

—Sigues hecho un galán, señor Drake —digo, sonriendo sin poder evitarlo—. Hay cosas que nunca cambian.

—Como mi amor por ti —dice mientras se inclina y me besa—. Eso no cambiará *jamás*.

—¡Puaj! —grita nuestro nieto Paul—. ¡La abuela y el abuelo se están besando!

Me sonrojo y me aparto mientras todo el mundo se gira a mirar.

—¿Cuándo se marchan estos? —susurra Adrian con una sonrisa de lobo.

—No lo bastante pronto —le devuelvo el susurro.

Quiero a este hombre para mí sola, sin ojos curiosos.

Solo nosotros, la Suite Empire y esa cama tan grande y cómoda.

Eso *sí* que me suena al paraíso.

¡Fin!

Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Tú. Yo. Cama. Ahora.
Olivia T. Turner

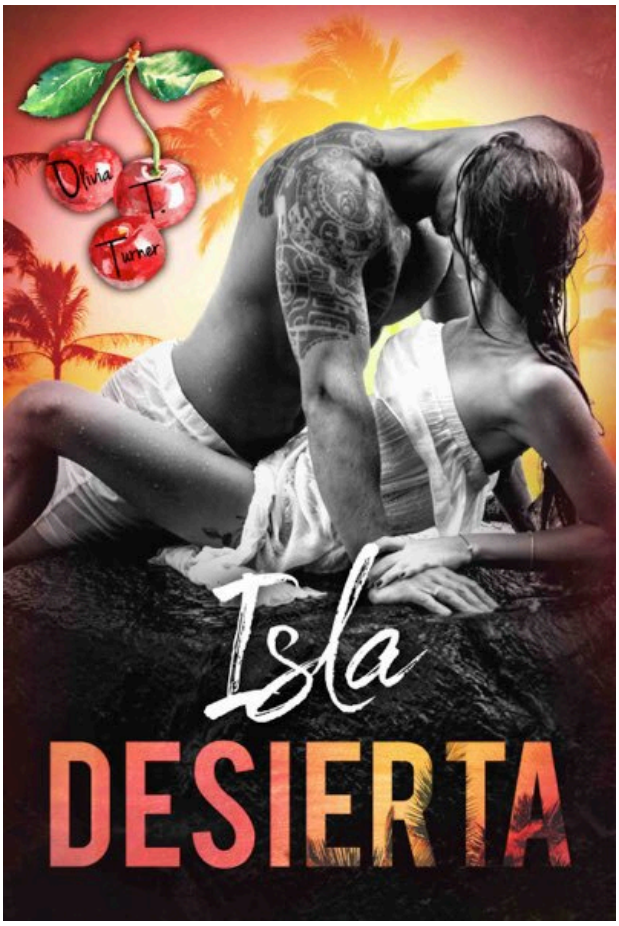
Obtén el libro aquí

Es mi primer día como nueva reportera cubriendo al famoso equipo de rugby de Nueva Zelanda.
Soy estadounidense y no sé nada de rugby, pero después de dar un paso dentro del vestuario tras el partido, me he convertido en una *gran* fanática.
Estos hombres enormes y rudos son verdaderos alfas.
Y hay uno que destaca por encima de los demás.Akea Saluni.
El dios samoano.
Cubierto de tatuajes tribales, este hombre cincelado tiene músculos *por doquier*.

Él pone el ‘ahh’ en samoano.
Hace que La Roca parezca un guijarro.
Me pone de rodillas.
Y una vez que este hombre posesivo posa sus ojos oscuros en mí, es exactamente donde voy a quedarme...

¡¡¡Oh sí!!! Nos dirigimos a Nueva Zelanda por un jugador de rugby samoano que busca anotar con su única y verdadera. Exagerado. Amor instantáneo. Y por supuesto, ¡un final feliz dulce como el azúcar garantizado!
Ya sabes cómo lo hacemos. Agarra este libro y deja que Akea te ponga de rodillas...

Obtén el libro aquí



Isla Desierta
Amantes Náufragos
Libro 1
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Llevo ocho años varado en esta isla desierta.
Ocho largos años comiendo la misma comida, paseando por la misma playa, mirando los mismos árboles todo el día.
Ha sido un soberano aburrimiento.
Pero todo cambia cuando una preciosa joven llega a mi orilla.
Su avión se estrelló en el océano.
Ahora está varada en la isla.
Esta es mi isla y eso significa que me pertenece.

No volveré a aburrirme nunca más.
No con esas deliciosas curvas y ese bonito rostro.
Esta isla desierta se acaba de volver mucho más interesante.
Con ella aquí, se acaba de convertir en un paraíso.

Bridget está a punto de descubrir el verdadero significado del paraíso cuando llega a una isla desierta, hogar de un enorme y gruñón macho alfa que le echa un vistazo y la reclama como suya. Una pequeña y divertida escapada, con doble virginidad. ¡A disfrutar!

Obtén el libro aquí
